

CUENIT

— sociología —
ciencia — literatura

Sumario

Plácido Bravo : De la historia, esta brújula de la Humanidad. — H. Allen : Historia y reminiscencia de los compiladores de Thoreau. — Floreal Ocaña : El indeterminismo y el Ser. — E. Armand : La demistificación del misterio. — J. Ruiz : Ideas sobre educación. — Costa Iscar : Análisis de la emoción. — Puyol : Acotaciones cervantinas. — Krause : El ideal. — Selección W. Muñoz : El piloto. — Denis : El Cronista. — Suno : Microcultura. — Campio Carpio : Poesía del Destierro (Folletón encuadernable)

128

AGOSTO - 1961

REVISTA MENSUAL

PRECIO - 100 NF



Ayuntamiento de Madrid

Nuestra portada

El dibujante que recogió con sus trazos este símbolo del trabajo en sus diversas manifestaciones, supo plasmar cuanto representa el esfuerzo humano. El obrero del músculo, como el del intelecto; el minero, como el hombre de ciencia, son otros tantos eslabones en la obra de la producción, mediante la cual los hombres han conseguido mejorar sus condiciones de existencia.

Hoy nadie, ni aun el más retrógrado, niega la importancia del mundo del trabajo. Es él la riqueza de los pueblos y es por él que las comunidades humanas ascienden a concepciones sociales superiores.

El capital ya sólo se concibe como acumulación y usurpación de los beneficios del trabajo, que a todos pertenecen, porque son todos los que producen los que en el proceso de la producción intervienen.

Y una nueva aristocracia ha surgido de los talleres, los campos, las fábricas, los laboratorios, las universidades. La aristocracia del saber, de la capacidad productora; el hombre que tiene a gala ser útil a la sociedad y que lo es, por sus manos, su cerebro, su esfuerzo mental y físico. Terminó el mundo de los parásitos, en que el trabajo era estigma, no honor, como es ahora.

Aun antes de haberse materialmente transformado, la sociedad hoy ha sufrido una profunda subversión de valores.

¡Saludemos a la sociedad nueva, en germen moral; muy pronto realidad cotidiana de todos!



REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire, C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XI

Toulouse, Agosto 1961

Nº 128

De la Historia, esta brújula de la Humanidad

TODO cuanto existió o existe tiene su historia. La de esta simple piedra, de asperezas pulidas, que yace en el lecho del arroyo; y aquel bloque granítico, esculpido por Fidias, del Partenón helénico. La del arbovito bravo, enraizado en las grietas de la mole alpina; y la de este pedazo de encina labrada por las manos de un artista, enmarcando, de Rafael, un recorro, anónimo y mullido, mendigando el sustento entre tacaños y ricos; y la de este monarca erguido, célebre por sus desmanes y caprichos, exigiendo gabelas y diezmos de sus pobres sujetos para mantener el fausto serrallo de cortesanas, o la magnificencia de su corte sin pizca de cortesía.

Compleja, en su grandiosidad, la historia de estas crestas niveas de la cordillera andina. Y misteriosa la de aquella sima sumergida en el océano con su exótica flora marina. Historia impresionante la de la selva tropical, rumorosa y virgen; y no menos aquella enterrada en vida por un cataclismo desconocido: la historia de la mina.

En fin, qué decir de aquellas huellas borrosas, prehistóricas, dejadas sobre la superficie terráquea por las tribus errantes, rudimentarias, con armas de piedra y herramientas toscas, con hogares cavernarios y vestidos de piel. Comparadas con las de nuestra moderna sociedad instalada, aunque más inestable que nunca, con sus grandes urbes y grandes vías de tránsito, con sus enormes archivos, sus vastos museos y sus múltiples bibliotecas; esta sociedad compleja y veloz, que vuela y navega sin alas ni remos, pero subyugada por un farrago de leyes, y que un laberinto de fronteras inmoviliza sobre el terreno estrecho de una nación o angosto de una aldea.

Un solo hecho, una acción simple, puede tener tantos móviles, proyectar tantos perfiles, ofrecer tantas perspectivas, que historiarla científicamente es obra de titanes. Ejemplo: el padre azota a su tierno hijo. Averiguad, ahora, el delito paterno — porque delito hubo, con o sin inocencia, puesto que era manifiesta la indignidad — sin otras referencias. Colocaros en su fuero interno e introspectivamente, dilucidad o intuad, por lo menos, las causas determinantes de tal gesto. ¿Falsa noción ética sobre el valor del castigo corporal para enmendar una falta cualquiera? ¿Errónea opinión del derecho del padre sobre el hijo? ¿Tradicionalismo inconsciente? ¿Irascible por abuso de alcohol? ¿Extenuado por una jornada intensiva? ¿Temperamento sensible a los cambios de clima repentinos? ¿Neurosis hereditaria? ¿Iracundo por incompreensión de la familia? ¿Complejo sexual en desequilibrio? ¿Humor alterado por estrechez económica? ¿...?

Retahíla de interrogantes a los que consciente y científicamente sólo podemos dar una respuesta, no sé si más exclamativa que interrogativa: ¡Qué sé yo!

Escoged la razón fundamental que tal acto determina, luego añadidle las complementarias. Esta es historia.

Y ahora, si os sentís atrevidos aún entrad en el alma del niño. Interpretad las razones de su travesura, induciéndole a romper una pieza de la vajilla hogareña. Adentraros en su recinto psicológico; desentrañad lo que se nos antoja instintos simples o primarios cuando en realidad son complejos e indefinidos. ¿Quién se atrevería a tamaña empresa descifradora?

Para esta sociedad desorientada, la ausencia de una historia humana sin cuentos ni fábulas, científica y completa, es tan precisa como la brújula para el marino de largas travesías o para el piloto de largos vuelos. En tanto del brumoso valle prehistórico no se alumbre el foco que ilumine la cueva de nuestro origen y procedencia primero, y del seno de la humanidad no surja un ideal de altura hacia el cual nos dirijamos después, jamás sabremos por dónde andamos, y a tientas o a loz, los coscorriones no dejarán de flotar sobre nuestras inexperimentadas testas.

Porque si la historia no se repite rigurosamente, matemática y geoméricamente, por lo menos tiene una «sente» lógica. «De aquella polvareda este lodazal». «De aquellos hechos, estos cohechos».

Y no es que pretenda que la historia a que aludo tenga que ser la pitonisa que, a varios siglos de vista, adivine nuestro destino, ni siquiera una enteleguía a la que haya que rendir pleitesia como hicieron los marxistas interpretándola a su guisa, pero por lo menos un guía que señale precipicios y evite repetidos extravíos.

PLACIDO BRAVO

Historia y reminiscencia de los compiladores de Thoreau

THOREAU, más que la mayoría de los autores, ha sido publicado ulteriormente, puesto que de los veinte volúmenes de sus obras completas sólo dos fueron publicados en su vida.

EXCURSIONS (Excursiones), publicado en 1863, el primero de los volúmenes póstumos, fué compuesto con trabajos recogidos por Sofía Thoreau en THE DIAL (La Esfera), THE BOSTON MISCELLANY (La Miscelánea de Boston), THE DEMOCRATIC REVIEW (La Revista Democrática), THE NEW YORK TRIBUNE (La Tribuna de Nueva York) y THE ATLANTIC MONTHLY (El Atlántico Mensual).

Todos, excepto tres de esos trabajos hicieron su aparición por primera vez durante la vida de Thoreau, y los otros, según Sanborn, fueron corregidos por su propio autor en las pruebas, al menos en parte, durante su última enfermedad.

THE MAINE WOODS (Los Bosques del Maine), publicado en 1864, fué compilado por Sofía Thoreau y William Ellery Channing, el joven. De sus tres partes, «Ktaadn», salió en UNION MAGAZINE (Revista Sindical), y «Chesuncook» en el ATLANTIC, ambos durante la vida de Thoreau y por lo tanto no necesitan redacción, exceptuando la que los directores de dichas revistas hicieron. La última parte, «The Allegash and East Branch», no fué completada antes de la muerte de Thoreau y sufre de redacción descuidada. La pieza más seria de descuido por la parte de los compiladores, hasta donde yo sé, fué el traspapelar dos páginas y media de materia perteneciendo a la entrada del dos de agosto, la cual fué trasladada al final de la entrada del treinta de julio. Este mal descuido fué corregido por Horace E. Scudder al redactar la Riverside Edition (Edición de la Ribera), publicada en 1893. Si fué o no Mr. Scudder el primero en descubrir dicha transposición, es cosa que ignoro. No fué hasta que yo compilaba mi Bibliografía que descubrí el error y su corrección. Cuidadosos lectores del libro se deben haber asombrado por la imposible secuencia de los acontecimientos resultando el conseguir tanta materia tres días fuera del camino, que siguió persistiendo a través de las numerosas ediciones de la primera publicación. Un error menor en esa materia traspapelada fué pasado por alto por Mr. Scudder, al leer mal el manuscrito de Thoreau, resultando la palabra impresa «former» (primero), donde probablemente había escrito «power» (poder).

Sofía era muy celosa por la integridad del trabajo de su hermano, pero por naturaleza y por práctica no era muy ducha en los deberes de un compilador, y es muy probable que dependiera ampliamente de Channing para orientación, y este

amigo y conocido de Thoreau era un poeta y un literato sin temperamento ni práctica, sospecho, para la exactitud de la erudición. El empleo que hizo de los diarios de Thoreau para extractarlos en su THOREAU: EL POETA NATURALISTA mostró cuan poco capaz era en dicha materia. Sus extractos son un revoltijo de entradas de varias fechas, sujetas a mucho parafrasear, además de contener obvios errores en las lecturas de los manuscritos de Thoreau. La edición revisada del libro de Channing hecha por Sanborn y publicada en 1902, veintinueve años después que apareció el original, es en general una mejora de la edición de 1873, pero perpetúa la mayoría de las faltas del original. Compréndase que estoy hablando sólo del empleo que hizo Channing del texto de Thoreau, pues reconozco el valor de su biografía de Thoreau.

En CAPE COD (Cabo Cod), publicado en 1864, de nuevo encontramos a Sofía y Channing colaborando en la compilación, aunque el mismo Thoreau vió los primeros cuatro capítulos en la primera publicación que de ellos hizo PUTNAM'S MAGAZINE (La Revista de Putnam). Channing acompañó a Thoreau en dos de sus cuatro visitas al Cabo, por lo tanto hubiera sido una elección natural como compilador asociado, aunque algún otro hubiera estado disponible. Supongo que Frank Sanborn entonces también lo estaba. Desde 1855 conocía a Thoreau y había sido pensionista en su casa, comiendo con él durante dos años casi diariamente, como él mismo dice, y a menudo juntándose en sus paseos y viajes fluviales, y era un compilador de larga experiencia; pero no había gran cordialidad de sentimientos entre él y la familia de Thoreau, mientras que Channing era evidentemente persona grata. No fué hasta que después de 1894, cuando Blake produjo los cuatro volúmenes extraídos de los Diarios de Thoreau, que Sanborn apareció como compilador de no importa que escritos de Thoreau, aunque ya en 1882 había publicado su primera vida de Thoreau, habiendo así fundado una reputación como una autoridad en la vida y en la obra de Thoreau.

El quinto volumen de Thoreau que se publicó fué LETTERS TO ARIOUS PERSONS (Cartas a varias personas), compilado por Emerson, quien parece haber encarado el presentar más bien una austera semblanza de la personalidad de Thoreau, haciendo de acuerdo con ella sus selecciones. Su compilación fué concienzuda, naturalmente, y no tengo razón para suponer que su transcripción de las cartas era de modo alguno inexacta. Al fin del volumen incluyó nueve poemas de Thoreau, que según él era lo que valía la pena de preservar. Demasiado severo era, por supuesto, juzgando de la poesía de Thoreau.

Carezco de información sobre quien compiló el volumen publicado en 1866 con el título *A YANKEE IN CANADA, WITH ANTISLAVERY AND REFORM PAPERS* (Un yanki en Canadá, con ensayos antiesclavistas y reformistas). Los tres primeros capítulos de la «Excursión al Canadá», fueron impresos en *PUTNAM'S MAGAZINE*, dirigida por George William Curtis, quien lo mismo que Lowell en el caso de «Chesuncook» objetó algunas de las herejías de Thoreau, por lo cual éste retiró el resto del manuscrito. Otro de los ensayos titulado «Prayers» (Oraciones), fué atribuido a Thoreau por error. Apareció sin firma en *THE DIAL*, donde también había un poema de Thoreau, pero todo excepto el verso era de Emerson. Aquí, como en algunos otros casos, resbalaron los compiladores de Thoreau.

El próximo compilador de Thoreau que apareció fué Harrison G. O. Blake, con su *EARLY SPRING IN MASSACHUSETTS* (Primavera temprana en Mass.), extraída del Diario de Thoreau. Fué éste el primer considerable extracto de tan rica fuente, después de los extractos de Thoreau. La mayor parte del Diario fué naturalmente escrito, con el fin de una ulterior publicación por su autor, y sus posibilidades de ningún modo se habían extinguido cuando murió. James T. Fields y Thomas Wentworth Higginson a la vez, formaron el plan para publicar «los diarios»; pero, como Higginson escribió: «El intento fué deshecho por la falta de voluntad de miss Sofía Thoreau, la custodia de los libros, quien no se escribió (el 26 de setiembre de 1866) que aunque enteramente satisfecha por el proyecto de edición, aún no estaba dispuesta a hacerlo. «Esos papeles —nos decía—, son sagrados para mí, y me siento inclinada en diferir su entrega al público por el momento». Guardó los diarios manuscritos mientras vivió, pero al morir el 7 de octubre de 1876 se los legó al abnegado y constante amigo de Thoreau en Worcester, Blake. Este, como nos narra, formó el hábito de leer cada día las entradas del Diario correspondientes a la fecha en que se encontraba, junto a la de todos los años contenidos en el Diario, pudiendo así seguir el progreso de las estaciones. Cuando, en respuesta a una evidente demanda pública, se decidió a publicar el Diario en parte, siguió el plan que le había personalmente causado tanto placer, y el resultado fué *EARLY SPRING IN MASSACHUSETTS* (1881), *SUMMER, Verano* (1884), *WINTER, Invierno* (1887), y *AUTUMN, Otoño* (1892). Por alguna razón faltaban en la primera edición de *Primavera Temprana*, las entradas de los cuatro primeros días de abril, las cuales habían sido impresas en el *ATLANTIC* con el título de «April Days» (Días de abril) en abril de 1878, siendo luego incorporadas en la Edición de la Ribera cuando el libro fué publicado en 1893.

Blake era un compilador fiel que no se obstruía con anotaciones o enmiendas. La transcripción del Diario para su publicación in extenso muchos años más tarde, sacó a luz varios ejemplos de descuidada confusión de fechas y muchos errores en la lectura de Thoreau que uno no hubiera esperado de un corresponsal de tantos años; pero natural-

mente que la mayor falta que se puede encontrar en el trabajo de Blake, es la de no haber usado más el Diario.

Llegamos ahora a la primera regular y uniforme edición de las obras de Thoreau, la *Riverside Edition* (Edición de la Ribera), publicada en 1893, pero fechada en el año siguiente, como se acostumbraba hacer entonces cuando un libro aparecía en otoño. Fué compilada por Horace E. Scudder, la cabeza de lo que era entonces conocido por el Departamento Literario de la casa Houghton, Mifflin y Company, un concienzudo y erudito trabajador, quien escribió una nota introductora, biográfica en carácter, para cada uno de los diez volúmenes, y equipó el conjunto con un índice general, además de los índices de los tomos, que habían carecido las anteriores publicaciones, excepto en los cuatro volúmenes de las estaciones. La *WEEK* (Semana) fué también complementada con una lista de extractos compilada por Mark Anthony de Wolfe Howe.

El año de 1894, como ya he dicho, vió la primera aparición de Franklin B. Sanborn como compilador de Thoreau, aunque su primera Vida de nuestro autor apareció en 1882. Su *FAMILIAR LETTERS OF HENRY DAVID THOREAU* (Cartas Familiares de H. D. T.), fué publicada en ese año de 1894. Incluía todas las cartas que Emerson había recogido para su *LETTERS TO VARIOUS PERSONS* y además muchas más, siendo una valiosa adición el conectivo tejido de materia biográfica y explicativa. Conociendo la libertad con que Sanborn trataba la materia que extractaba, apenas puedo confiar en que las cartas que añadió sean copias de los originales al pie de la letra. Me atrevo a decir que personas habiendo tenido acceso a tales originales, o a los que aún existen hoy, han notado deslices de la estricta exactitud en el volumen impreso. Existe un caso de extracto descuidado que pude notar en el libro, pero no es en una carta de Thoreau, sino en un pasaje de los diarios de Alcott, describiendo la visita que Alcott y Thoreau hicieron a Walt Whitman en 1856. Odell Shepard en una nota de los *JOURNALS OF BRONSON ALCOTT* (Diarios de B. A.), publicados en 1938, llama a esto «una transcripción grotescamente falsa» de dichos pasajes. Y así es. Parecía que en tales casos Mr. Sanborn se descarrilaba en su parafrasear —y en su parafrasear inexactamente—, lo que debía haber sido mejor copiado que escrito.

POEMS OF NATURE (Poemas de la Naturaleza), compilado por Henry S. Salt y Frank B. Sanborn, fué publicado en 1895. El co-compilador de Sanborn era un admirador inglés cuya Vida de Thoreau fué publicada en 1890. Su selección de cincuenta de los setenta y cinco más o menos poemas que Thoreau había preservado, era juiciosa y omitía mucho verso que no añade lustre a la reputación del autor. Dice la Introducción: «Se ha hecho un retorno en la presente compilación de las enmiendas introducidas en el texto original por los compiladores de Thoreau». No he podido averiguar de qué enmiendas se trata. Desgraciadamente, ¡Cuán a menudo deseáramos que las propias en-

miendas de Thoreau pudieran ser similarmente detectadas y expurgadas!

Sanborn también compiló varios ensayos y piezas del diario manuscrito que cayeron en sus manos y que fueron publicadas privadamente o en ediciones limitadas. No creo necesario el nombrarlas ahora. La más ambiciosa, si no la más importante, pieza de compilación que hizo sobre Thoreau — casi he querido decir perpetrado contra Thoreau — fué la publicación de *Walden* en dos volúmenes impresos en 1909 por la *Bibliophile Society* (Sociedad Bibliófila); pero que nunca — tal vez afortunadamente — fué regularmente publicada. Esta bien presentada y asombrosa producción da a entender que *Walden* es como su autor lo quería; pero en cuanto he podido saber, no hay la menor evidencia de que el *Walden* que su autor vió a través de las prensas no fuera el final *Walden* de Thoreau. Lo que es bastante curioso es que este Bibliófilo *Walden* en sí mismo contiene dos diferentes relatos sobre su origen y composición. Mr. Henry H. Harper, que parece haber sido su *deus ex machina*, dice en la Introducción que el manuscrito fué descubierto como una completa entidad en los manuscritos de Thoreau, conteniendo doce mil palabras de materia que no contenía en la edición original, y que la inferencia estaba en que los editores habían cortado el manuscrito de Thoreau para retrotraerle a los límites físicos deseados. Sin embargo, Sanborn en su Introducción, dice francamente que el material colocado en sus manos era una miscelánea colección que él mismo arregló de la manera que le pareció mejor que la edición original.

Confieso que nunca tuve ganas de leer ese sanbornizado *Walden*, de manera que no puedo dar opinión de ese *tour de force*. Posiblemente tenga prejuicios, pero tengo la impresión de que ha habido poca demanda para que substituyera al libro que Thoreau paternalizó. Fué una característica realización para Franc Sanborn. ¡Qué placer debe haber sentido al mejorar a un tan gran autor como Thoreau!

La *LIFE OF HENRY DAVID THOREAU* (Vida de H. D. T.) de Sanborn, publicada después de su muerte en 1917, contenía muchos ensayos hasta entonces inéditos, principalmente temas de colegio, y un poema o dos. Como redactor de la casa Houghton Mifflin Company no fué sencillo el placer que tuve viendo en prensas a este libro y, encontrando que el autor había seguido su costumbre de usar gran libertad en el tratamiento de la materia extractada, le pregunté si no podría escribir algún informe en su prefacio que explicaría el por qué unas versiones de la materia impresa diferían de las formas previas. Consintió a esto, aparentemente sin disgusto y escribiendo; pero el informe nunca vino, pues murió el mismo día en que la prueba de su prefacio le fué enviada por correo; siendo el prefacio lo último que un autor ve en las pruebas y ahora siendo su última posibilidad de mantener su promesa. Esto nos dejó en una encrucijada. Mi lealtad hacia Thoreau y mi conciencia como redactor no me permitieron dejar las cosas como estaban; se trataba del libro

de Mr. Sanborn y me pareció que sus editores debían informar acerca de sus expresadas intenciones referente a su informe de manera a presentar la materia desde su punto de vista. Por lo tanto añadí abajo de la firma de su autor en el prefacio un breve informe sobre la situación y luego lo siguiente: «Mr. Sanborn no era un extractador esclavizado y al tratar con los Diarios de Thoreau, y con sus otros escritos que el mismo Thoreau no había preparado para su publicación, usó el privilegio de un compilador que está enteramente familiarizado con los temas del autor y con sus hábitos de pensamiento, para arreglar párrafos, omitir aquí, hacer allí breves interpolaciones, y tratar de otro modo las rústicas y no pulidas frases de los Diarios, cartas, etc., más que lo que supuestamente el mismo autor hubiera hecho si los hubiera preparado para las prensas. Si, no obstante, el lector encuentra ocasionales discrepancias entre los extractos de los Diarios de Thoreau como han de leerse aquí y las formas en que los mismos pasajes aparecen escrupulosa y exactamente transcritos en el contenido del Diario publicado, no debe culparse de descuido, sino más bien agradecer a Mr. Sanborn por haber hecho esos pasajes más ordenados y legibles». Una farsa, tal vez digáis, y casi estoy de acuerdo con vosotros. En realidad, la considero mi pieza maestra en tal campo.

Más tarde tendré algo más que decir de mis aventuras con Mr. Sanborn, usualmente muy agradables aventuras, de todos modos, pero debo ahora retornar al relato cronológico de la compilación de Thoreau. Retornamos hacia 1906 y a los tres o cuatro años que lo precedieron, cuando la más grande de esas empresas publicitarias estaba en camino. Bliss Perry, en su autobiografía *AND GLADLY TEACH* (Y alegremente enseña), nombra dos culminaciones de las cuales en su capacidad de consejero literario de la casa Houghton Mifflin Company estaba, como dice, «desmedidamente orgullosos». Una de ellas fué cuando persuadió a la casa de «publicar el texto completo de los Diarios de Thoreau en catorce volúmenes, compilados por Bradford Torrey y F. H. Allen». No sé cuanta persuasión empleó, pero fué afortunado para la literatura americana de que tuviera éxito. Afortunado fué también el que Torrey fuese escogido como redactor en lugar de algún otro que hubiera abusado de su confianza, puesto que Torrey, con su experiencia de estudiante científico en la ornitología y la botánica, con su profundo respeto por los hechos y sin hacha que afilar, podía confiarse en que haría un trabajo erudito en una manera objetiva, sin introducir en el trabajo su propia personalidad. Además de la redacción textual, que fué confiada a uno más joven y menos experimentado, pero me parece no menos trabajador consciente, había la introducción, que discutía a Thoreau como un escritor y especialmente como un diarista y naturalista, con una competencia que posiblemente ningún otro redactor podría haber tenido. He dicho que la redacción textual había sido confiada a su compañero más joven, pero no quise decir que Mr. Torrey se lavara las manos en lo que a ella concernía. Lejos de tal cosa: el plan

entero del trabajo fué arreglado entre él y yo en conferencia, y leyó, pienso, toda la copia antes de que fuera a los impresores. Recuerdo que yo era partidario en usar notas para pequeñas correcciones, comentarios, informes de historia natural; pero él lo desaprobó, sabiamente como me parece ahora. La opinión de los redactores, de todos modos, se mantenía a un mínimo fuera de la Introducción. Mi propia mayor empresa durante tres años y medio fué el controlar la copia de los treinta y nueve volúmenes manuscritos del Diario, y verificarla mediante una lectura personal de cada palabra del manuscrito original, en total dos o tres millones de ellas. El Diario publicado contiene errores, naturalmente, pero no muchos que yo haya podido ver; y en cuanto a una posible imputación de descuido que se nos pudiera hacer por parte de los compiladores, mi conciencia se encuentra razonablemente clara.

Cuando los catorce volúmenes del Diario salieron formando parte de los veinte volúmenes de las obras completas, los hasta entonces publicados trabajos exclusivos de Blake, fueron reimpresos como los seis primeros volúmenes de las Ediciones Manuscrita y Walden. Se necesitó arreglar algo el contenido de los seis volúmenes y algunas omisiones se hicieron de materia duplicada; se añadieron también versos, de *Poemas de la Naturaleza*, y nuevas cartas fueron añadidas por Mr. Sanborn. Las introducciones de Scudder se reimprimieron de la Edición de la Rivera. Cualquier detalle de la compilación recae sobre quien esto escribe.

Como ornitólogo tuve gran placer en leer las incomparables descripciones de Thoreau sobre el canto y la conducta de los pájaros, y en 1910 persuadí a la casa Houghton Mifflin Company el publicar *NOTES ON NEW ENGLAND BIRDS* (Notas sobre los pájaros de Nueva Inglaterra), extraídas del Diario de Thoreau. Dichas notas fueron compiladas en lo que entonces se conocía por orden sistemático e incluían todo lo que el Diario contenía como interés científico o literario sobre los pájaros. Hicieron un libro de 441 páginas que tuvo un pequeño *succès d'estime* entre las gentes amantes de los pájaros; pero nunca fué vendido tan bien como esperaba, ya fuese en su título original o en su último de *THOREAU'S BIRD LORE* (Los conocimientos ornitológicos de Thoreau).

Mi propósito en tratar los conocimientos humanos de Thoreau en un modo similar no tuvo éxito durante muchos años; pero cuando supe el constante interés por Thoreau del artista N. C. Wieth y su ambición por ilustrar un libro de selecciones de su propia elección, pude persuadir a él y a la casa Houghton Company de las posibilidades en un proyecto común, y *MEN OF CONCORD* (Hombres de Concord) fué el resultado. A menudo se me ha cumplimentado por este libro y especialmente por sus hermosas ilustraciones. Es verdad, naturalmente, que en gran parte hicieron el libro, y creo que a través de ellas muchos lectores han podido tener una mejor apreciación de Thoreau como hombre entre los hombres.

Continuando con mis propias aventuras de redacción, debo retornar a 1910, cuando en el mis-

mo año que *Notas sobre los pájaros de Nueva Inglaterra*, mi edición escolar de *Walden* fué publicada en las series de la Literatura de la Ribera. De la Introducción, escrita para este propósito especial, nada es necesario decir; pero de las notas, que después estuvieron al alcance del lector corriente en la Edición de los Visitantes de *Walden*, me permitió una oportunidad de gran tarea en muy agradables búsquedas, e hizo de ésta, la más agradable pieza de compilación que yo haya hecho. Está tan lleno *Walden* de citas y alusiones, muchas de las últimas apenas veladas, que muchas, pero muchas horas fueron pasadas en las bibliotecas, especialmente en el Boston Athenaeum (Ateneo de Boston), y en correspondencia con individualidades en la tarea de conseguir las; pero muchas no pudieron conseguirse después de todo. Por ejemplo, ahí estaba Tom Hyde, el pensador, y sus últimas palabras pronunciadas en la horca: «Decid a los sastres que recuerden el hacer un nudo en su hilo antes de dar la primera puntada». ¿Quién era ese Tom Hyde y cuándo y dónde dijo ese pensamiento? ¿Lo sabe alguien?

De todos modos, el libro contenía cincuenta y tres páginas de notas en buena impresión, y gocé todos los placeres de la búsqueda en reunir las. Fué publicado el libro en respuesta a una demanda de una edición de *Walden* para los requerimientos de la entrada del colegio, y naturalmente, al estar el libro fuera de derecho de reproducción, hubo ediciones competidoras. Uno de esos competidores merece especial mención. Fué usado por nuestro vendedor como un contraste para su propia oferta, y me ofreció a mi copia para un artículo en el «Contributors' Club» (Club de los colaboradores) que era entonces una columna del *ATLANTIC MONTHLY*. En cuanto al compilador sólo debo decir que la página del título lo proclamaba Maestro de Artes de Harvard. Debo ofrecer algunas pepitas extraídas de esa rica mina de falsa información, sólo unas pocas pues no tengo tiempo para ofrecer más. Al parecer Robin Goodfellow era un famoso héroe inglés al margen de la ley. La nota de «Old Parr» informa que su primer nombre era Catalina, y que era la sexta y última esposa de Henry el Octavo; pero tal nota está calificada por el informe de que tal vez se tratase de Thomas Parr, el renombrado centenario inglés. ¡El compilador era aquí generoso y en otros ejemplos ofrece a sus lectores el elegir! La más notable de todas las notas dice: «Mentors, Isaac, 1642 - 1727. Filósofo y matemático inglés; originador de la teoría de la luz, de los colores y de la gravedad». Parece esto una nota sobre Newton, y todavía la palabra anotada es siempre «mentors». Me parece que comprendo por qué «Mentors» fué cambiado de «Newton», para volverse de nuevo dicha anotación, pero no debo detenerme en esto ahora. De todos modos, pasamos momentos muy divertidos con esta particular edición competitiva.

No diré nada de las otras ediciones escolares de *Walden*, como tampoco de las otras ediciones de éste y de los otros libros y ensayos de Thoreau. Estos últimos casi siempre empleaban los textos regulares y poco tenían como anotaciones,

siendo una Introducción la sola contribución del compilador. Sin embargo, existe un volumen de selecciones que debo mencionar porque ilustra como ni Thoreau ni ningún otro autor debería ser compilado para el lector común. Se trata de HENRY DAVID THOREAU en la serie de «American Writers» (Escritores americanos), publicado en 1936 por la «American Book Company» (Compañía del libro americano). El compilador, Bartholow V. Crawford, hizo esta compilación con una erudita introducción y notas también eruditas; pero cayó en el error de reimprimir palabra por palabra las primeras ediciones de varias selecciones, cuando aparecieron en libros, revistas o diarios. Fue esto el resultado de la perpetuación de errores tipográficos que si Thoreau no era del todo responsable, era responsable en un grado menor. Pequeños errores de pronunciación y puntuación distraen y a menudo retardan al lector y, no causa beneficio alguno al autor el perpetuarlos. Las primeras ediciones, con todas sus máculas, sólo tienen interés para los coleccionadores y estudiantes, con el fin de poseer sus facsímiles fotográficos; pero tienen derecho los autores a la autorizada edición final de sus obras.

Tampoco diré nada de las hojas sueltas y folletos y fragmentos de los versos de Thoreau, ensayos y cartas, compilados e impresos por mi amigo Edwin B. Hill y otros, excepto para decir mi apreciación por lo que han hecho para los amantes de Thoreau.

De los COLLECTED POEMS OF HENRY DAVID THOREAU (Poemas compilados de H. D. T.) reunidos por Carl Bode, algo diré en otra parte. Me contentaré ahora yo mismo endorsando lo que de ellos dice Mr. Adams en el número de marzo de NEW ENGLAND QUARTERLY (Trimestral de Nueva Inglaterra) (1).

Con tres de los compiladores y biógrafos de Thoreau he tenido personal conocimiento: Bradford Torrey, Dr. Edward y Frank Sanborn (2). De éstos al que mejor conocí fue a Torrey. Lo conocí como ornitólogo y como escritor mucho antes que nos asociáramos en los diarios de Thoreau. En 1888 escalamos juntos el monte Lafayette y descubrimos cantando, y sin duda anidando, pico duro de los pinos en los más altos bosques, en interesante y memorable ocasión. Fue entonces también cuando vi por primera vez a los tordos de Bicknell, ese pájaro de las cúspides de las montañas que escuchado en el monte Washington, confundió a Thoreau con los tordos canoros (3). Torrey y yo correspondimos muchos años antes de que en 1912 muriera en Santa Bárbara. Era un delicioso compañero y corresponsal. Su trato hacia Thoreau como hombre y diarista en la Introducción del diario es, como era natural, muy amplio desde el punto de vista de la historia natural, no debiendo sorprender que Frank Sanborn, cuyo interés en Thoreau era biográfico, cuando revisó el diario en el «Chicago Dial» (La Esfera de Chicago), ignoró la Introducción por entero, diciendo solamente de la redacción: «Para la comprensión completa de esta parte (es decir, la parte biográfica) de la copiosa obra, muchas notas

y explicaciones son necesarias que las que los compiladores han podido permitirse, sabiendo como sabían cuán necesarias eran». Pienso que no se trata de un secreto, que se hubiera sentido muy contento Mr. Sanborn si la tarea de redactar el diario le hubiese sido asignada.

Por cierto que vi bastante a Mr. Sanborn a lo primero y a lo último. Fue muy servicial conmigo cuando estaba trabajando en la bibliografía, y me hizo conocer a Herbert Hosmer, de Concord, quien heredó de su hermano Alfred su gran colección thoreviana. Muchas horas pasé en esta colección, tomando la hospitalidad de Mr. Hosmer más de una forma, porque uno de sus pasatiempos era hacer vinos caseros, que producía en una casi inconceivable variedad y de los cuales tuve el privilegio de catar más o menos muestras.

Nunca conocí intimamente a Mr. Sanborn; pero siempre pasé buenos ratos con él y escuchando sus cáusticos comentarios sobre los hombres y los libros. Debe de haber sido cuando estaba revisando sus FAMILIAR LETTERS en 1906 cuando corregí la pronunciación del nombre del corresponsal de Thoreau en Michigán, llamado Calvin Greene, citando al Dr. A. Jones como una competencia para la e final. Esto promovió por su parte el citar una parodia de Fitz-Greene Halleck en sus líneas familiares que, según puedo recordar, eran más o menos así:

«Greene be the name about him.
Friend of my earlier days.
E final — do without him?
No! and to Jones be praise!»

Era su nombre Greene
Amigo de mis más tempranos días.
¿Podríamos pasarnos de la E final?
¡No! ¡Alabado sea Jones!

Otra vez le notifiqué sobre un participio colgante que había en alguna prueba que se le enviaba; pero no estaba dispuesto a que ningún joven mequetrefe de cuarenta años más o menos mejorase su inglés y replicó algo amoscado que colgaba sus participios donde bien le parecía.

En mis archivos encuentro tres cartas de Sanborn que pueden interesar aquí. Las dos primeras muestran su aspecto servicial.

(Aquí el orador leyó las cartas de F. B. Sanborn a F. H. Allen fechadas el 10 de abril y el 7 de julio de 1916. Informaba la primera que el doctor Kennedy le había escrito que Thoreau había sido designado para el comité examinador de Historia Natural en Harvard en los años 1858, 1859 y 1860, pero que él (Sanborn) dudaba de que tal cosa hubiese servido para algo. La segunda copia toda una carta de Ellery Channing dirigida a Emerson, fechada el 4 de mayo de 1853, proponiendo extraer de los diarios de Emerson para un libro titulado provisionalmente «Country Walking» (Paseos campestres), debiendo pagar Channing cierta suma por el trabajo. El material así obtenido fue usado con otra materia veinte años más tarde en THOREAU, EL POETA NATURALISTA).

Probablemente porque me lo pidió él mismo, o porque me lo pidió su autor, el caso es que envié a Sanborn las pruebas completas del libro **HENRY DAVID THOREAU: A CRITICAL STUDY** (estudio crítico de H. D. T.) por Mark Van Doren, que la casa Houghton Mifflin Company publicó en 1916. No le agradó mucho el libro, como lo demuestran sus comentarios de las pruebas. (Aquí el orador leyó varios de esos condenatorios comentarios, los cuales, aunque característicos del lenguaje de Sanborn y divertidos para un lector no familiarizado, parecen mejor, para el bien de los que viven como de los que se han ido, que no los publicásemos). Tales reacciones contra el libro en pruebas explican lo que escribió en respuesta a una carta mía esperando una crítica suya del mismo (Carta del 16 de enero de 1917, criticando severamente al libro de Van Doren en un lenguaje similarmente despiadado).

No obstante lo mucho que pueda estar uno irritado contra la actitud de Sanborn, sobre su pertenencia a todo lo referente a Thoreau, se debe admitir que ocupa una posición única, pues era el solo biógrafo de Thoreau que había conocido personalmente a su biografiado, y que al mismo tiempo era un activo y energético buscador de información sobre su vida y su obra, como también que tenía una mente aguda y un don de expresión. Me parece que fue a comienzos de 1917, cuando mi viejo amigo Edwin B. Hill, ahora residiendo en Tempe, Arizona (3), me envió una fotografía de un retrato de Thoreau cuando era joven, que había recogido en alguna parte y que creía ser auténtico e inédito. A mí me parecía genuino y se lo entregué a Mr. Sanborn para su juicio. En seguida me contestó que era una falsificación, tal vez no usaba esta palabra, pero algo parecido. Sin embargo, se asemejaba tanto a Thoreau cuando era joven que me vino al pensamiento que era Sanborn quien estaba en un error. Y hasta llegué a expresar la opinión más o menos privadamente que Sanborn tal vez decía eso porque no había sido él quien la había descubierto. Se la envié entonces al Dr. Edward Emerson y su reacción fue mucho más favorable. Estaba entonces en Carolina del Norte, desde donde no podía consultar convenientemente a sus amigos de Concord, pero me escribió el 2 de marzo de 1917, que sentía un gran placer viendo al amigo de su infancia como en ningún otro retrato había podido recordarlo, y hablaba de él como «seguramente auténtico», siendo una confirmación del busto de Walto Ricketson, que, aunque idealizada, consideraba ser en conjunto la mejor representación de Thoreau. Expresaba la opinión de que el medallón suyo en donde podía verse al Thoreau de los últimos días, debía ser destruido, siendo como era «una representación de la tisis y nada más».

Poco tiempo después el Dr. Emerson nos trajo su manuscrito del libro **HENRY THOREAU AS REMEMBERED BY A YOUNG FRIEND** (Henry Thoreau recordado por un joven amigo), quedando de acuerdo que dicho retrato se pondría en el frontispicio. Afortunadamente para todos nosotros, se descubrió antes de la publicación del li-

bro, que no se trataba de un retrato original en vida, sino de un dibujo hecho por Henry K. Hannah a base de un esbozo supuestamente hecho por Sofia Thoreau, suplemento con un estudio de los daguerreotipos de Maxmen y otros retratos de Thoreau; y que también había sido impreso antes, en el libro de Georges Tolman: «Concord: Some of the Things to be seen there» (Concord y algunas de las cosas que en él pueden verse), publicado en 1903 en Concord. Aunque el Dr. Emerson estaba tan desalentado como yo por este acontecimiento, insistió en que se publicara en el libro, lo que se hizo, con un informe sobre su fuente verdadera. ¡Pero tuvimos que admitir que el juicio de Mr. Sanborn había sido mejor que el nuestro!

No puedo concluir estas notas reunidas al azar sobre la compilación de Thoreau en otra manera mejor que expresando mi admiración — que casi podría llamar afecto — hacia el Dr. Edward Emerson, el hijo del amigo más grande de Thoreau, que él mismo era un modesto y desafectado caballero con un tranquilo sentido del humor y con el cual era una verdadera delicia el conversar. Aún me parece escuchar su voz amable, algo balbuceada, y estoy en verdad contento porque puedo recordarlo mejor que a muchos de sus dogmáticos ciudadanos.

FRANCIS H. ALLEN
(Trad. de V Muñoz)

NOTAS DEL AUTOR:

1.— Por mi parte hice un estudio crítico en la revista *AMERICAN LITERATURE*, ejemplar de noviembre de 1945.

2.— Fue esto escrito antes de que conociera a Edwin Way Teale, cuya edición de *Walden* está ilustrada con sus hermosas fotografías.

3.— En la entrada de su diario, que hizo el 8 de julio de 1858, Thoreau, acampado por la noche en «Hermit Lake» (Lago de los Ermitaños) situado en la «Tuckerman's Ravine» (Hondanada de T.), escribió: «El zorzal de los bosques, que Wentworth llama el ruiseñor, cantó al atardecer y al amanecer... también lo hizo el tordo canoro», y de nuevo el 9 de julio: «El zorzal de los bosques y el tordo canoro cantaron regularmente, especialmente por la tarde y al alba». El tordo oliváceo y el tordo de Blicknell son los solos pájaros que pueden ser encontrados en esa altitud (4.000 pies) de las White Mountains (Montañas Blancas). El canto del tordo de Blicknell se parece algo al del tordo canoro, y para Thoreau, que en Concord había escuchado a muchos zorzales ermitaños a los cuales denominaba zorzales de los bosques; el tordo oliváceo, el tordo más abundante de las Montañas Blancas, le debió haber parecido el raro sonido del zorzal de los bosques.

NOTAS DEL TRADUCTOR:

A.— Lo que acaba de leerse sobre los copiladores de las obras de Thoreau, ha sido el texto de una conferencia que el extinto publicista bostoniano Francis H. Allen pronunció en el pueblo natal de Thoreau, Concord, el 15 de julio de 1944.

B.— El coeditor de Allen, en la redacción del hermoso *DIARIO* y demás obras de Thoreau, era también

Decíamos ayer El indeterminismo y el Ser

I

SOBRE «el indeterminismo y el ser» escribiremos varios trabajos. Este lo empezamos recordando que las últimas dudas sobre la existencia de la **causalidad** y el **determinismo** las expusimos en el artículo titulado «Nuestro poder de decisión», que apareció en la revista CENIT, en el número correspondiente a octubre de 1957 (1). Pasó el tiempo, nos invadió una mayor serenidad y comprendemos que la defensa de la **voluntad**, del **poder de decisión** en el hombre lo escribimos con pasión, que no está demás, pero con excesiva agresividad que está de sobra, que es innecesaria, que procuraremos no volver a usar en la lucha ética e intelectual. Pero algunos de los conceptos que expusimos en el precitado trabajo coinciden con el pensamiento científico expresado hoy por

oriundo de Nueva Inglaterra, Torrey, hijo de un zapatero remendón, terminó por graduarse en las escuelas públicas. Naturalista de altura ha dejado bellos libros para todos los amantes de la bioestética natural, como lo ejemplarizan los siguientes títulos: **Con los pájaros** de la región de Boston, **Pájaros de los zarzales**, **Invitación hacia la naturaleza**, etc.

C. — La casa editora de Thoreau en Boston, ha sido principalmente la Houghton Mifflin, en la que trabajaba Allen; siendo su último libro publicado sobre nuestro autor, el de Sterling North, titulado **THOREAU OF WALDEN POND** (Thoreau de la laguna de Walden), escrito especialmente para los jóvenes, con magníficas ilustraciones del artista Harve Stein. Pulcramente escrito pone al alcance de las mentalidades juveniles las ideas naturalistas y sociales de Thoreau, sin omitir siquiera el paso del sabio por la cárcel del pueblo (hay ilustración al efecto) a causa de no haber querido pagar un impuesto al Estado. Se ha publicado en 1959.

D. — A partir de donde deja la pluma Allen en el precedente estudio, numerosas han sido las obras publicadas sobre y de Thoreau. Sería una injusticia el no mencionar aquí, por ejemplo, a las siguientes: **A THOREAU HANDBOOK** (Manual de Thoreau) escrito por Walter Harding y a la compilación de la correspondencia de Thoreau efectuada por W. Harding y Carl Bode en un grueso volumen. Ambas obras han sido editadas por la Universidad de Nueva York.

Bibliografía

- History of American Socialisms, by John Humphrey Noyes.
- The Comunistic Societies of the U. S. by Charles Nordhoff.
- American Communities, by William A. Hindus.
- Icaria, a Chapter in History of Comunism, by Albert Shaw, Ph. D.
- Cooperative Communities in the U.S., by Rev. Alexander Kent.

el sabio Werner Heisenberg en la fórmula que ha descubierto que explica todas las leyes físicas. De acuerdo con ésta — dice Heisenberg — «en la naturaleza no hay determinismo, ni continuidad, ni causalidad».

En CENIT, en la fecha precitada, dijimos: «**Nada tiene principio, ni base, ni causa primera, ni procede de otra parte**». Decir que «en la naturaleza no hay causalidad», como proclama el eminente científico Heisenberg, es igual a lo que afirmamos: que en aquélla «**no existe causa primera**», como exponer que «**nada tiene principio, ni procede de otra parte**», es ratificar lo primero y señalar lo que actualmente manifiesta la Ciencia con razones físicas-matemáticas que desconocíamos en 1957: que «**en la naturaleza no hay determinismo, ni continuidad**».

En el año de 1951, en «Cultura Proletaria», que aparecía en Nueva York, que recordamos con gran cariño, publicamos — hablo en nombre de los que así pensamos — unos trabajos sobre «Los determinismos y el deber de la hora», etc., etc. Y el muy estimado compañero y amigo Octavio Alberola, sin haberlos leído todos, contestó a uno de dichos artículos ignorando — es lo que suponemos — que en los demás se aclaraban algunos puntos que él criticó.

Fundamentalmente, Alberola creía que sólo nos referíamos al **determinismo** teológico e ignorábamos o soslayábamos el **determinismo mecanicista**. Y en su trabajo, que fué publicado en el número de «Soli» de México correspondiente al mes de junio de 1951, que entonces dirigía el activo compañero B. Cano Ruiz, empezó diciendo: «En uno de los últimos números de «Cultura Proletaria», el compañero Floreal Ocaña publicó un artículo con el humorístico título de «Bajo la amenaza atómica. Contra los determinismos habidos y por haber», que nos ha sugerido, sin ánimo de polémica, el presente: «Bajo la amenaza hidrógena, contra los «voluntarios»... habidos y por haber». En verdad este título nos pareció más «humorístico» que el nuestro, y nos lo tomamos con buen humor: Optamos por no contestar, sin importarnos que nos tomaran por mucho más ignorantes — al menos al que escribe — de lo que somos.

Octavio Alberola defendió, una vez más, el **determinismo** a rajatabla. Por nuestra parte, de responder, habríamos abundado en conceptos ya

(1) Otros trabajos de Floreal Ocaña publicados en la revista:

«Poder de decisión», núm. 82; «Conquistadores de niños», núm. 92; «Tradición autoritaria», número 100; «La pedagogía», núm. 101; «Criterio y consecuencia anarquistas», núm. 112; «Pena de muerte», núm. 116. (N.D.L.R.).

emitidos. Ni él, ni nosotros, ni otros **deterministas** e **indeterministas** podíamos añadir algo nuevo. En la intervención pública del compañero Octavio, al que estimamos mucho, descubrimos sólo firme y decidido empeño en afirmar y defender, apasionadamente, pero sin malicia, los valores intrínsecos del **determinismo** clásico e «histórico», añadimos, de acuerdo con los conocimientos de la obra tenidos por verdaderos.

Han pasado diez años. Y hoy podemos decir: «Decíamos ayer»... Lo mismo diríamos si nos hubiésemos equivocado. ¡Rectificaríamos! Pero hoy consideramos que la Física, las Matemáticas y la Astronomía, entre otras ciencias, abonan la tesis que ayer no podíamos probar. Es gran lección que todos, absolutamente todos, recibimos nuevamente: que una «verdad» no hemos de aceptarla como absoluta cuando despierta algunas dudas como ocurría y ocurre con el **determinismo**. Una verdad ha de ser corroborada por otra verdad, clara y totalmente hasta confundirse con todas las verdades de la integración cósmica. En este sentido cósmico, universal el **determinismo** no existía. Este se nos mostraba como una verdad a medias, y esta parte no brillaba con la claridad sencilla que brilla lo verdadero iluminando su contenido lo suficiente para que todos los hombres admitan la realidad de su existencia probable.

Por otra parte, pese a la verdad nueva, «fabricada» o realmente descubierta, siempre hemos de exponer nuestra verdad, la que **sentimos**, porque por algo **es sentida**, y porque la conquista de lo nuevo reclama que nos decidamos a dar uno y otro salto intuitivo con valor humano: obrar sin miedo al «qué dirán», ni detenernos el pensar «qué harán» los demás semejantes que nos rodean en medio de una Revolución Social, de una Revolución Científica, de cualquier situación vital que vivamos que hemos contribuido a formar y desencadenar.

Por seguirse afirmando en el campo de la física que «en la naturaleza» no hay efecto sin causa», lo admitimos a regañadientes con más razón si cabe que cuando todo el mundo, generalmente hablando, aceptaba, hasta hace muy poco tiempo, la falsa idea sobre el átomo «compacto, indivisible, inmodificable, etc.». Pero dejando que «hablara» nuestra naturaleza, nuestro «espíritu», inquieto, la «voz interior», rebelde a la uniformidad, a lo estético, característica del **mecanismo**, nos hizo comparar al hombre con los individuos de las demás especies animales y afirmar que aquél es la excepción en la «regla» mecanicista, añadiendo en el precitado trabajo de CENIT: «El hombre es el único, al parecer, capaz de superar el mecanicismo de las combinaciones físicas-químicas: crea sus mundos de ideas, de sentimientos y de pasiones. No se conformó permanecer mudo, tan mudamente como procedió la Naturaleza para «engendrarlo». Creó el lenguaje escrito y hablado, realizó conquistas técnicas y científicas, y en sus manos está hoy el **poder** desintegrar fuerzas, desequilibrar sistemas de movimientos, lograr efectos contrarios a los originados por

la mecánica universal aprovechándolos para los fines determinados por su **voluntad**. Para su bien o para su mal».

Cuanto conocemos como lo que ignoramos o inadvertimos que nos rodea, son, esencialmente, procesos energéticos de la materia que jamás «descansa», movimientos de **indeterminación**, de **inseguridad** en las formas de **ser** en el seno del Cosmos donde el nacer y el perecer no existen. Podemos reconocerlo o no con claridad; pero consideramos que cuando no lo reconocemos es simple ignorancia nuestra.

SEAMOS CIRCUNSPECTOS

En cualquier terreno científico se obra con la cautela que observan los físicos y los astrónomos en presencia de los nuevos descubrimientos que realizan. Pero esta prudencia en adquirir una verdad, que se quiere corroborar con otras experiencias, es menor en muchos campos filosóficos y nula en los de carácter religioso por ser dogmáticos. Por eso antes de entrar de lleno en el tema en pro del **indeterminismo** es necesario recordar y contrastar, a grandes rasgos, algunas de las ideas, de las hipótesis y de las filosofías más opuestas a la filosofía racionalista con ética humana que abrazamos. No podemos eludirlos, porque representaron unas y representan otras todavía **realidades psicológicas** que nosotros conceptuamos negativas para el Progreso y la vida social de los pueblos.

La circunspección es peculiar en el pensamiento científico. Y en el campo que más ha de observarse es en el de la Psicología científica. Así lo aconseja el mismo Jung, médico y eminente psicólogo, que falleció en Suiza al principio del mes de junio del año en curso, y que hace dos años dijo: «Las ideas y dudas de la física teórica deben inducir al psicólogo a ser circunspecto. Pues al fin de cuentas la limitación del espacio desde el punto de vista filosófico ¿sólo significa la relatividad de la categoría espacio? Podría suceder otro tanto respecto a la categoría tiempo (y a la causalidad)».

En nuestros días la Astronomía y la Física, con la ayuda de otras ciencias, están haciendo liquidación de falsos principios, de leyes y fórmulas falsas y erróneas teorías cosmológicas. Van llenando algunas de las más importantes lagunas de la inteligencia expuestas por Jung y otros científicos. Sin embargo se mantienen, como ayer, las mismas controversias sobre **indeterminismo** o **determinismo** religioso o mecanicista. Estos dos últimos opuestos entre sí, pero combatiendo al primero, por separado, cada uno desde su particular campo de acción.

Los positivistas han estado llevando el principio de la **causalidad** al terreno de la experiencia puramente sensible. San Agustín, expresándose de acuerdo con la teología y la filosofía cristianas «entiende la necesidad causal a todo ser contingente», y para él «todo ser contingente lleva consigo una causa». Spinoza considera que no sólo todas las cosas tienen una causa sino que toda causa es una causa necesaria. Este filósofo, que

solamente acepta una substancia infinita, Dios, sostiene que la necesidad de la consecuencia lógica es debida a la necesidad del efecto. Por su parte Leibnitz, razón y causa no los admite como equivalentes, mientras Spinoza los considera iguales aunque, con aquél, acepta, claro, el principio de causalidad.

Hume, no creyendo que una experiencia de la causalidad bastara para justificar el principio de ésta trató de dar una explicación psíquica diciéndolo: «... la sucesión regular de dos fenómenos produce poco a poco en nosotros una inclinación psicológica a esperar un fenómeno de otro». Kant considera que «todo fenómeno supone otro al que sigue necesariamente otro». Bien que Kant, en su época, al carecer de los datos científicos del presente, como puro racionalista, se encerrara en su concepto de la experiencia estricta y redujera el principio metafísico a una especie de ley física que no podía probar. Pero hoy sería paradójico e incomprensible que racionalistas y científicos que siempre han reducido el conocimiento verdadero al saber experimental o matemático continuaran, después del descubrimiento de Heisenberg, aferrados a sus ideas rígidamente deterministas.

El rigorismo mecanicista del determinismo exige, so pena de negarse, exactitud en todo: hasta en los movimientos y mediciones. Y estas condiciones nunca han cabido en la Física en la que hablar de mediciones precisas no tiene sentido. Werner Heisenberg, al estudiar la naturaleza cor-

puscular u ondulatoria halló que la oposición y el momento del electrón no pueden ser calculados, simultáneamente, con exactitud. Einstein, que modificó la física de Newton y estableció el famoso principio de la equivalencia entre la materia y la energía que rige las reacciones nucleares, consideró que se «hacían medidas de confianza». Pero el nuevo concepto de Heisenberg, válido en el estudio sobre las condiciones de medición de los corpúsculos, admitido hoy por todos los físicos, está en desacuerdo con la mecánica clásica que considera que todo puede ser determinado con precisión a un tiempo dado.

Nuestra impreparación científica nos impide profundizar en la teoría cuántica, en el indeterminismo y hasta en la ley llamada de causalidad. Confesamos nuestra ignorancia: no podemos defender el principio de indeterminación desde el punto de vista fisicomatemático. Mas ¿quién es capaz de atacarlo y negarlo? ¿No se escandalicen los deterministas materialistas, irreligiosos como nosotros: el indeterminismo viene a sustituir al determinismo!

Todas, si, todas las teorías religiosas, metafísicas y materialistas deterministas se vienen abajo al recibir el impacto de la nueva verdad. ¡Y qué bueno que así sea! ¡Alégrense todos los partidarios del pensamiento científico-humano!

FLOREAL OCANA

(Continuará)



La demistificación del misterio

«Es la coherencia de la ciencia, de ninguna manera la evidencia de sus principios, lo que garantiza el valor. — Tannery.

NO cabe lugar a dudas que los hombres se han preocupado siempre por su porvenir, no ya del porvenir inmediato, de mañana, sino del porvenir a largo alcance. ¿Qué reservaban al hombre prehistórico el rayo iluminando el firmamento, el viento que mugía a través de la llanura, el huracán desarraigando árboles, la tempestad levantando los mares? ¿Qué clase de animales y qué vegetación resistiría a las intemperies que hacían temblar a nuestros antepasados tan hambrientos como aterrados? El ruido del trueno, el rumor tumultuoso de las inundaciones, las erupciones volcánicas, los terremotos — todas estas manifestaciones imprevisibles e incontrolables — el «primitivo» se preguntaba de QUIÉN era la obra. Sin duda de potencias exteriores, desconocidas, terribles, siendo importante conciliarse con ellas y ponerse a su favor o neutralizar la malevolencia. El origen de la religión, de la devoción, es el miedo. El semejante que se percibe en las inmediaciones de un bosque y que esgrime un gesto de amenaza, ¿cómo hará el hombre para protegerse de su garrote o de su flecha, si duda de su propio vigor y de su propia habilidad? ¿Qué será de él, envuelto como está de cosas inexplicables, nuestro bipedo enfermizo, frágil, incluso si está asociado a otros como él, tan expuestos como él a las enfermedades, a los accidentes de toda clase? Más tarde, mucho más tarde, ese ser de cerebro hipertrofiado se preguntó qué porvenir le estaba reservado (pero en una supervida mal definida, poco tranquilizadora), puesto que sus directores de conciencia le aseguraban que se hallaba en él algo de eterno que no aboliría su desagregación física. Nuevo motivo de inquietud: ¿Cuál sería su vida en esa existencia enigmática? Entretanto, puesto que, de todas formas la vida era referible a la muerte, y los peligros acompañando una civilización menos rudimentaria, ¿cómo conjurarlos, apartarlos y despojarlos de su temible imprecisión?

Yo pensaba en todos esos puntos de interrogación que se planteaban seguramente nuestros lejanos antepa-

sados — a juzgar por los que, actualmente se plantean nuestros contemporáneos y ello con motivo de dos libros recientes, cuyos títulos sitúan en los antipodas uno de otro, pero cuyo contenido les une singularmente, según mi opinión, desde luego. Se trata de: «Las Centurias de Nostradamus», por M. Raoul Auclair (1), y «Las ciencias ocultas no son ciencias», por M. R. Imbert-Nergal (2).

Las «Centurias de Nostradamus» constituyen un resumen de predicciones célebres, compuesta de una serie de cuartetos, escrito por un israelita médico y astrólogo perteneciente a una familia convertida al catolicismo. Ese trabajo fue dedicado a Enrique II mortalmente herido, como es sabido, en un torneo; él era considerado un príncipe preclaro, culto, como era costumbre entre los Valois. Es el caso, pero, que la falta de claridad es justamente lo que caracteriza esas famosas centurias, publicadas en marzo de 1557. M. Raoul Auclair se ha entregado a numerosos cálculos y ha gastado tesoros de ingeniosidad para disipar la obscuridad de esas cuartetos, en todo caso de cierto número de ellas, que él cree se relacionan con la época revolucionaria y sus causas «místicas», así como a sus consecuencias ulteriores. El nos da una obra de partidario realista, legitimista, entregado a la familia Capet, no albergando en su corazón ni los Templarios, ni los Masones, ni los republicanos, tanto y tan bien, que su escrito es el de un historiador más que de un exégeta, por lo menos según nuestra opinión. En aquellas de esas cuartetos tenebrosas que, según nuestro autor, anunciaban los acontecimientos que debían desarrollarse, él distingue la decapitación de Luis XVI y de María-Antonietta, el rapto de Luis XVII de su prisión del Templo (rapto que constituye, en lo que le concierne, acto de fe), el advenimiento de Bonaparte al trono, la Restauración, la usurpación orleanista, la negativa de Chambord de renunciar a la bandera

flor de lis, y otros hechos, entre los que figura el envenenamiento de Josefina en 1815 (esta realista impenitente sabía que el Delfín no había muerto en el Templo). Todo cuanto se ha sucedido en Francia desde el 9 Thermidor parece, si no caemos en el error, dominado por el hecho de que Luis XVII fue arrancado de su prisión.

Se notan curiosas coincidencias en algunas de esas Centurias: la presencia de vocablos como Varennes, Vitry (pero varias localidades en Francia llevan este nombre), Orléans-Vitry es el nombre del castillo que albergó, al parecer, a Luis XVII después del rapto del Templo. Pero yo creo que un «profano» no prevenido ni comprometido no apercibiría en esas cuartetos sibilinas más que el producto de una imaginación febril recogiendo en los vaticinios de los profetas hebreos, en el texto de la Apocalipsis, el anuncio de una serie de crímenes, de guerras, hambres, pestes, y horrores de toda clase. M. Raoul Auclair considera el año 1917, el año 1 de la revolución rusa, como la fecha de la entrada de los gentiles en su último día y ello concuerda muy bien con su manera de ver las cosas. Si lo he leído bien es en el año 1999 que tendrá lugar el «Advenimiento» que marcará el fin del «Tiempo de las Naciones» y la operación no dejará de ser dolorosa.

¿Y si Nostradamus (alias Michel de Notre Dame) no hubiese sido más que un mistificador de alta categoría, apoyándose sobre la obscuridad de sus cuartetos, su dedicatoria a Enrique II, la fuerza de sus conocimientos bíblicos y astrológicos para crear un renombre que se acordara perfectamente con la superstición que entonces dominaba (Catalina de Médicis, para no citar más que un ejemplo)?

Sobre nuestro planeta donde, al parecer, según las estadísticas de la UNESCO, se publican 35.000 cotidianos con 250 millones de ejemplares — donde por lo menos 25 países cuentan con doscientos aparatos receptores de radio por mil habitantes — sobre este planeta pues, Nostradamus no se sentiría extranjero. El se

(1) Ediciones de «Deux Rives».

(2) Publicaciones de la Unión Racionalista.

codearía con numerosos colegas astrólogos, anunciadores de buena ventura, muchos compañeros trabajando en el hermetismo y ocupándose de «pronósticos». El hallaría, en cada esquina, capillas en las que ofician los sirvientes de Nuestra Señora del Misterio y se daría cuenta que los que frecuentan esos antros forman legión.

Es por esto que hay que acoger con satisfacción una obra tal como «Las ciencias ocultas no son verdaderas ciencias», pues la astucia actual de los conjurados del Misterio estriba en decorar con el nombre «ciencia» los fenómenos que pretenden provocar o de los que ellos se proclaman haber sido testigos. Hace 25 años, las ediciones Georges-Anquetil editaban una Enciclopedia de «ciencias» ocultas, gran in8 de 630 páginas, introducción de C. M. Poinsot, muy documentada, verdadero hormiguero de indicaciones históricas y filosóficas recogidas de buena fuente. Estas ciencias eran la astrología, la fisionomía, la quiromancia, la grafología, la oníromancia, la videncia, la magia (alta y baja) y algunas otras, pero no se trataba más que de describir, informar, en esa Enciclopedia, mientras que la obra de M. Imbert-Nergal se dedica a demostrar la inanidad de las experiencias y de las pruebas abundantes (demasiado abundantes a veces) por los hermetistas y ocultistas de toda disciplina— experiencias y pruebas que se hunden desde que se las somete a un control verdaderamente e indiscutiblemente científico que no deje lugar a ninguna posibilidad de fraude o truco. Que los fieles del culto del Misterio eludan un examen serio cada vez que se les propone, no puede ser considerado de ninguna de las maneras favorables a ellos.

No es cuestión de dudar de los ocultistas que nosotros calificaremos de convencidos para distinguirlos de los intrigantes que pululan en sus medios. Han existido y existen aún gentes sinceras entre los iluminados y los místicos. Personalmente estuve en relaciones directas de crítico a autor con el conocido inglés Montague Summers, fallecido hace algunos años, quien creía a pies juntillas en la brujería, los brujos, los demonios, en la existencia del espíritu del Mal, en el misticismo manifestado por signos físicos. Se le hallaba a veces, asistiendo como auditor a charlas anarquistas en Londres. Y siempre me he preguntado si en su fuero interno, no consideraba el Estado como la encarnación de Satán.

Pero volvamos a la obra de M. Imbert-Nergal que comienza con un prefacio de Jean Rostand, en el cual éste toma, una vez más, posición «contra el error, el galimatías, el absurdo, la mentalidad prelógica, la falta de sentido común, la experiencia mal realizada, la observación sin valor, la convicción sin fundamento, el charlatanismo explotador de credulidades y de la ignorancia»... Es inadmisible, en efecto, que se dé calidad de prueba a lo que en realidad no lo es, y el título de hecho a lo que no es un hecho.

Sin duda, «la libertad de expresión» no ha sido conquistada para garantizar el derecho de embrutecer a la multitud, pero se podría señalar al nuevo académico que si los que consideran el ocultismo como una peligrosa impostura hubiesen conjugado sus esfuerzos para multiplicar las conferencias (y ese tema llama la atención del público) en el curso de las cuales amigos ilusionistas demostraran con cuánta facilidad pueden

reproducirse los «fenómenos» arreglados por los ocultistas para cegar a los inadvertidos — es posible que se hubiera disminuido o se hubiera visto desaparecer la publicidad concedida por la prensa a las divagaciones irracionales. Sobre este punto, ¡cuán numerosos son los racionalistas a los que convendría un «mea culpa»!

Resumamos: El trabajo de M. Imbert-Nergal está concebido con mucha nitidez y continuidad de espíritu. Ni dogmático ni sectario, él expone en qué consiste el método científico: sea para resolver los problemas que está en condiciones de solucionar, o bien de esperar un suplemento de informaciones cuando la solución inmediata no se considera posible. Especulando sobre la obsesión de un número excesivo de personas solicitando y aprehendiendo a la vez la intervención de fuerzas secretas, dictatoriales, fantásticas: astrología, radio-estesia, clarividencia, telepatía, espiritismo de una u otra especie, magia pueril o nociva, y hasta las formas más inferiores de adivinación «turban» los espíritus inquietos, de los inciertos, de los angustiados, de todos aquellos que, temiendo lo que les espera en el porvenir, se abandonan, dejándose llevar por la corriente de la Fatalidad. El gran secreto no es la llamada a las dominaciones ocultas o misteriosas, sino de crearse una personalidad, una individualidad que no espere la salvación más que de uno mismo, el cerebro liberado de toda fe, el entendimiento liberado de toda tradición, de todo prejuicio tanto moral como intelectual, en unión, si es necesario, con los que piensen análogamente a uno mismo.

E. ARMAND

(Trad. de F. Ferrer)

Yo he descubierto el arte
de engañar a la diplomacia.
Digo la verdad y nunca soy
creído.

CAVOUR

dad de descubrir otras formas literarias, otros conceptos que interpretaran la razón del hombre. Y así es que hubieron de rechazarse los conceptos dogmáticos e imponen la voluntad de sobreponerse a la tragedia y trazar un punto de partida por donde canalizar la herencia de su cultura humanística.

Los ensayos dieron por resultado el desencadenamiento de un materialismo romántico, ya de influencia rusa y norteamericana con sus novedades simbólicas, sustentador de lamentaciones, ya poseído de un dominio espiritual de lo trágico frente al optimismo. Exagerando detalles a través de figuras imaginativas, descendió hasta el gemido en tanto que acusaba al hombre como una negación de sí mismo. Abrió una soledad en el alma humana, creando un mundo de «desollados vivos», donde el sufrimiento, a la manera de los místicos de otros siglos, constituía el ideal del sacrificio temiendo el encuentro de una realidad que recién perfilamos al cabo de años. Las formas del espíritu, después de tanta exaltación y negación, se están definiendo como una voluntad de conciencia. Y es siempre el humanismo, sobre el pesimismo y la melancolía del arte de postguerra, el que muestra la grandeza del vivir colectivo, interpretando el sentimiento de nuestra generación como lo hiciera antes a través de las edades, reiniciando el camino perdido en un laberinto de convencionalismos.

Ciertamente que el hombre atraviesa por un período crucial, a tropezones diarios con obstáculos casi insalvables. Las formas de vida en nuestros tiempos imponen su condición de primacia en todos los problemas de la humanidad. Y las artes, como las ciencias, no han podido sustraerse a su influencia devastadora. Sulo aquellos espíritus selectos, que han resistido la acción de los vendabales, lograron mantenerse erectos y terminaron por imponer su voluntad. Diliapidando energías, más que inteligencia, nuestra generación desenvolvió su ciclo evolutivo entre una maraña de problemas económicos, políticos y estéticos, desarticulados de un centro nervioso por vía de los acontecimientos sangrientos, destruyendo la organización de un entendimiento cultural que hasta nosotros guiara la conducta de los pueblos. Generación desventurada, donde el hombre se confunde con lo absoluto y teme destruirlo con su presencia, es la nuestra. Dolorido, quemados sus ojos y sentidos, ha seguido el curso de los hechos rodeado de sangre y acosado por complicaciones que no alcanzaba a poner en claro. El fenómeno, que tenía como centro aquí o allá, a dos o veinte mil kilómetros distantes, terminó por envolvernos a todos entre los dientes de su mecanismo. Aquí se apagó el fuego sagrado de la eterna rebeldía, de la juventud que no es pasado, sino futuro

CAMPIO CARPIO

POESIA DEL DESTIERRO



EDICIONES "CENIT"
Toulouse 1961

¡Apátridas, hombres — sombras,
hermanos de mi desgracia,
los que amais y odiáis el mundo
y odiáis y amais una patria!

ESENCIA Y PRESENCIA DE MIGUEL HERNANDEZ

El último cuarto de siglo abrió al hombre un amplio campo de posibilidades para encontrar su propio destino. Las convulsiones tremendas que sacudieron la corteza terrestre provocaron un estremecimiento de horror, obligándolo a volver sobre sus pasos. Los campos regados con sangre de nuestros padres, recibieron a ríos la de sus hijos. Las mieses barridas por los logonazos en la primera contienda, fueron triturados bajo las pesadas ruedas de los tanques en la segunda. El asalto a las fortalezas por ambos bandos, fué sucedido por el paso de los ejércitos motorizados, que no sólo reducían a informes montones de tierra y fango los caminos que abrían, sino que impusieron, en su brutal avance, la angustia, que es dolor lacerante. En sus profundas trincheras, los carros de guerra no depositaron la muerte, sino que redispusieron al hombre a morir en resignación, abandonado, cual despojo sin valor. El individualismo, que tenía una tradición histórica secular, con ese rasgo personalísimo que durante tantos años le caracterizó, fué sometido a la acción psicológica científicamente estudiada y aplicada con crueldad inaudita por el engranaje mecánico. Al término de cinco lustros los rasgos fisonómicos y espirituales del hombre europeo han experimentado una transformación tan pronunciada que su influencia repercutió en todas las partes del mundo.

La creación humanística, que en literatura había adquirido formas particulares, descendió al grado de volverse en algunos aspectos escéptica y pesimista, negativa de valores como para enfrentar los años futuros. La confianza, que alimentó por décadas el fuego viviente de una civilización que creía en la personalidad humana, por vía de los acontecimientos, se volvió oportunista y abrió combate en una sucesión de formas y estilos simbólicos en procura de un camino en que se había extraviado. De otra parte, se tornó violenta y soberbia. Y la resignación, que a la humildad levantara monumentos, apareció insolentada y desafiante, con indumentaria carnavalesca, abjurando del optimismo y de la fe en el progreso. Esa lucha permanente contra la lógica admitida en la literatura europea, tuvo también en suelo americano sus cultores, no como producto de un desequilibrio belicista, por cuya situación no atravesó totalmente esta parte de la tierra, sino porque existía la necesi-

por una senda de lágrimas.
Lo mismo da ir a morir
en una tierra lejana;
mientras haya tiranía
no hemos de volver a España.
Aun hiede el charco de sangre
de tantas sangres hermanas
y aquel sol secar no puede
el fango de las batallas.
Y tú y yo, no somos hombres
para soportar polainas!

Mi vida pasa en silencio,
mis horas mueren en calma,
mas lo que yo no mato nunca
es el recuerdo de España!
Qué tendrán sus aguafuertes,
hoy sombrías pinceladas
Pero... el calor de aquel tiempo
de mi mocedad lejana!
Los pensamientos son tantos
que la pluma se me atasca.
Vientos de muerte y de odio
pasaron en cabalgata;
mi campo de flores nuevas
vermo es, de hierbas tronchadas;
mi casita, blanca y limpia,
yace por tierra, enlodada;
en el rincón de mi estudio
cuelga sus babas la araña
y, en mi libro más amado
deja su huella una zarpa.
Todo lo que fué mío
se hizo expolio o alcabala;
escupieron mi memoria
por no llegarme a la cara
y no me queda allá abajo
más que un recuerdo de lágrimas.
¿Qué imán, acero a mi acero,
puede atraernos aun a España?
Romance del desterrado,
balada del agua amarga
que corre todos los mares
errabunda y olvidada.
Corriente murmuradora
de su pena solitaria
que se pierde por el mundo
sin encontrar una playa!

ENTRE ESPAÑA Y MEXICO

*Qué hilo tan fino, qué delgado junco
— de acero fiel — nos une y nos separa,
con España presente en el recuerdo,
con México presente en la esperanza...*

*Repite el mar sus cóncavos azules,
repite el cielo sus tranquilas aguas,
y entre el cielo y el mar ensayan vuelos
de análogo ambición nuestras miradas...*

*España que perdimos, no nos pierdas,
guardarnos en tu frente derrumbada,
conserva a tu costado el hueco vino*

*de nuestra ausencia amarga,
que un día volveremos más veloces
sobre la densa y poderosa espátula
de este mar, con los brazos ondeantes
y el latido del mar en la garganta...*

*Y tú, México libre, pueblo abierto
al ágil viento y a la luz del alba,
indios de clara estirpe, campesinos
con tierras, con simientes y con máquinas,
proletarios gigantes de anchas manos
que forjan el destino de la patria...*

*... pueblo libre de México:
como otro tiempo por la mar salada
te va un río español de sangre roja,
de generosa sangre desbordada.
Pero eres tú esta vez quien nos conquistas
y para siempre, ¡oh, vieja y nueva España!*

PEDRO GARFÍAS

UNIVERSALIDAD DEL ARTE PRESENTE Y FUTURO

Todo acontecimiento repercute en las actividades de nuestra conciencia. En literatura, que es humanización de seres e ideas elevadas a categoría de arte, Grecia nos dió el ejemplo vivificante y divino de la belleza creadora. La revolución francesa, que conmovió al mundo en sus cuatro extremos, tuvo la gran virtud de abrir las puertas al pensamiento encadenado. A estos dos acontecimientos singulares en la formación de la cultura moderna, les somos deudores por los conceptos, arte por la verdad y belleza por la libertad que, invertidas, pueden permitirnos todas las especulaciones en el campo de la estética actual.

Prisionera la poesía española de influencia romántica, y cuya inspiración agotara en quince siglos de historia con sus luchas turbulentas, cuando América lanzó a la conquista de su vida civil y trató de armonizar su propia existencia colectiva, carecía de vitalidad como para enfrentarse a estílos nuevos en que el continente reventaba de emoción. Tampoco pudo interponer diques de contención al torrente de ideas que surgían de aquella gesta magna, guerra en que hervía el alma de todo un continente y que, en el corto lapso de meses, envolvió a veinte naciones dispuestas a conquistar su libertad. Y todas estas manifestaciones, convertidas en pensamiento, fueron apoderándose de sus propios tejidos para tronar más tarde en nuestra lengua viril, en el acontecimiento más grandioso que conmovió al mundo con sus explosiones de liberación como ningún otro, de tal magnitud, recuerda la historia del hombre.

De aquella epopeya surgió América, en cuerpo y espíritu, como producto de nobleza castellana, para encontrarse hoy, tal cual es, en su lento caminar por los derroteros de la cultura — sino con acentos perfectamente definidos como para señalar una ruta a la civilización — con ese inmenso afán liberador que no olvida, tan caros al corazón y al alma. Porque en aquella lucha los representantes de estas comunidades aprendieron a conocer la libertad de evasión hacia el hombre y las ideas, rayo de luz en las tinieblas, con ese concepto preciso del valor que le distingue dentro del concierto universal. Desde entonces, fuimos auscultando y desprendiéndonos del pasado para acercarnos al porvenir, en un estudio incesante que seguimos con cariño a la distancia del tiempo, identificándonos con todos los problemas de la vida humana, a ninguno de los cuales somos ajenos. Llegando aquí, colocados en la ruta del futuro, proseguimos esta labor con la mayor responsabilidad como testigos del destino.

en la mentalidad de sus hijos durante tantos siglos de la historia, dejando la nación vacía de mentalidades, entregada, por fuerza de conveniencias políticas europeas, en manos de la barbarie que recuerda la noche negra de los tiempos primitivos.

SEGUNDO ROMANCE DEL DESTERRADO

POR GREGORIO OLIVAN

Ay, ay que ya no he de volver
a aquella tierra de España!
Que no te rompas cadena,
cadena que así me atascas,
aquella de mi destierro
la de los hombres sin patria!
a aquellos campos de España!
Ay, madre que te he perdido;
ay, madre, madre del alma...
Por caminos bien extraños,
lleváronme una mañana,
una mañana de enero
nevada de almas heladas
que iban conmigo llorando
porque salieron de España.
Ay, madre, madre, mi madre,
¡y cómo lloraban!

Yo no sabía lo que era
—el mal del país le llaman—
ese sollozo que tengo
cerrándome la garganta
y que me troncha la frente
y me abre en el pecho llaga.
Yo que cuando era español
nunca lloré por España
hoy vivo de sus recuerdos
y los cultivo en campana
regados de mudo llanto
y abonados con amarga
penita de desterrado.
¡Invernadero del alma!
¿qué sol ha de calentarnos
si en esta tierra de Francia
el sol — ¡ay, sol de allá abajo! —
tiene la cara velada?

Hermano, huido conmigo,
hermano de pueblo y casta;
seguiremos en el mundo

lancólica del indio, cuya vida tampoco era más feliz en este orden de ideas.

Y la literatura española clásica acusa signos evidentes de pesadumbre y disgusto en el orden del sentimiento que se ha convertido en causa en la poesía contemporánea. Ya hemos visto los grandes rasgos que han influido para originar esa particularidad general que sitúa la literatura española entre las más profundamente humanas, que lejos de menoscabo es virtud grande. Mas sirvenos para constatar el hecho que se transmite como por herencia a la poesía actual. Los sacudimientos operados en la vida política española, que han mantenido la nación en constante vaivén de sobresaltos, como buscando un centro de equilibrio que no encontró aun, no han ejercido mayor influencia en esta particularidad de su arte. Por el contrario, parece que con el transcurso del tiempo fué adquiriendo forma más precisa, no obstante haberse registrado últimamente una euforia de juventud que desembocó en los acontecimientos de la política como en ningún otro país de la vieja Europa.

Dos grandes líneas comprende la literatura española: la anterior al siglo que vivimos y la que surge desde entonces ubicada en lo que se entiende por la generación del 98. Con ser abundante y, por cierto, siempre henchida del humano ardor de que mana todo el arte español, adolece de grandes defectos, como el común de la literatura europea de su tiempo por representar temas de ordinario gastados y sin ascendiente superior por lo que debiera tener de constructiva. Se ha dicho que el arte responde a innumerales facetas de la vida ciudadana que anda y desanda conforme con el rumbo de la época. Trátase de un aserto acomodaticio bien visible, pero hasta el presente ha sido el que prevaleció, modificado últimamente de acuerdo con las nuevas preceptivas que en materia artística han tomado cuerpo en la literatura mundial. El otro sector, hijo del cual es esta generación, hoy desarticulado del centro generatriz por los acontecimientos que han trastornado la vida europea en los últimos años, supo ya encontrarse a sí mismo, trazando planos amplios de horizontes mundiales. La universalidad impresa a su obra se identificó con la cultura general de los pueblos civilizados, de los que pudo extraer nuevas normas de conducta y concepciones artísticas para modelar su obra a tono con el pensamiento actual y los nuevos sentimientos. Ciertamente que la península quedó huérfana de artistas, ya que cuanto de humano y grande en poesía y literatura España tiene, vióse en la necesidad de abandonar el país para trasladarse a un mundo en que apenas encontró asilo. Con ellos llevaron a tierra extraña, que tuvieron que hacer suya, el tesoro artístico acumulado

En arte, la conmoción europea de principios del siglo iluminó un camino que todavía también nosotros estamos recorriendo a tientas. Varios estilos y sentimientos estéticos nos sirven de lastre, sin que hasta hoy hayamos determinado con precisión una preferencia emotiva. Desde hace más de siete lustros, venimos discutiendo con pasión y nuestras miras se inclinan siempre hacia la libertad como punto central invariable en la vida del hombre. Y ésta es nuestra única verdad: abrir surcos profundos en la conciencia, aunque a flor de la piel aparezcan escozores distintos. Aquí hundimos nuestra reja porque sabemos que es lo permanente, lo que pervivirá a la acción devastadora del huracán.

La última contienda ha desilusionado a quienes esperábamos la alborada naciente en todos los confines. Aquella lucha de conciencias nos prometía en la paz el gran cometido de dignificar al arte y al hombre con la tierra, con la fuerza de la luz y demás agentes físicos, en esa necesidad de humanización implorada. Y la lucha continúa en distintos campos de batalla, con gradual descenso de la moral de nuestro siglo. La primera guerra grande pretendió influir en los espíritus, convirtiendo el dolor lacerante anterior a la muerte de nuestros padres, los mártires, en himno a la confianza en el mañana, la seguridad de que el hombre todavía podía y debía ser feliz sobre la tierra. El era el dueño de su propio destino y, como medida de todas las cosas, sólo tenía sobre sí la tarea de encauzarlo. El mundo parecía redimirse y una profunda reconciliación animaba las almas. Desde entonces, nuestras fibras han sido destrozadas por el estruendo de las bombas, porque el sufrimiento invadió todos los campos del espíritu, cercanos o lejanos al teatro de operaciones. Y lo que prometía convertirse en un renacimiento del espíritu en todas las actividades humanas, siete años de distancia del fin de las hostilidades, la noche va tendiendo su manto funerario sobre el alma; la promesa hablada y escrita, arrancada a la emoción de la contienda, en explosiones de marcado lirismo político, lentamente fué desvaneciéndose, y el hombre tornándose más adusto y huraño, desconfiado y egoísta. Y lo que fué calor al ruido de los cañones, y aliento en la palabra de los conductores de la guerra, se tornó frío cálculo, con rigidez de dictadura impávida como todas las tiranías. Y aquí estamos, clavados en la tierra, bien afirmadas nuestras extremidades, para resistir los mandobles de la fuerza que hasta, solapadamente, convierte al arte en instrumento de sus bajos menesteres, por medio de asalariados alquilados para tan indigna misión. Tan luego, el arte que es sacrilegio colocarlo bajo la bota del vencedor,

porque es la libertad misma que habla en su expresivo lenguaje. Olvidando y olvidados continuamos construyendo ese monumento, el espíritu sobre el interés, la dignidad sobre la mezquindad.

Ese estado mental preocupa nuestros sentimientos desde hace más de un cuarto de siglo en que los principios estéticos fueron marcando, a través de la discusión, los senderos por donde canalizar nuestros esfuerzos futuros. Hasta ahora no supimos sacar rendimiento de nuestras especulaciones filosóficas, ni imprimir al arte propiamente dicho todo el vigor necesario para enfrentarlo con los problemas que agitan la sangre en esta hora crucial de la historia. Nuestros pensamientos giran en torno de la libertad, de la verdad y de la belleza. Pero no le hemos levantado todavía monumentos que respalden más que la luz del sol. Fuimos cándidos, poetas y pensadores, olvidándonos de que el mundo marcha, la máquina avanza y, entre sus engranajes, tritura cuerpos y almas. Por donde pasa aniquila. Y cerramos los ojos a la razón para no ver de cerca el rumbo que toman las ambiciones humanas, desproporcionalmente irritantes. Así nos encontramos, con un sistema maquinista, sin alma, frío y cruelmente materialista, con los trusts, corporaciones, sindicatos, monopolios, dictaduras sangrientas con insaciable sed de sangre y haciendo a carne asada, en detrimento de la democracia que va perdiendo siempre más y del hombre que pesa cada día menos en el concierto universal.

El problema del arte en cuanto a formas estéticas no está resuelto, pero sí definido en cuanto que la belleza puede y debe ser un instrumento de liberación. El hombre, como última palabra del reino de la creación, es el único componente alrededor del cual giran todas las actividades del universo. Por eso el arte también tiene el deber de contribuir a su reconstrucción, no como figura simplemente, sino como representación de su propia grandeza. No importa que, en la realidad, el hombre sea tal cual conocemos su contextura moral: el arte debe concebirlo como ejemplo, como paradigma de tipo consciente que actúa dentro del más riguroso plano estético, como parte de que es en la tierra, donde tenemos nuestra residencia, en la que debemos de construir la felicidad.

Europa ha convertido sus disputas en problemas universales. Durante siglos no ha podido digerir sus propios númenes y complica al resto de las naciones en la solución. Como el mundo es pequeño, por gravitación, todos caemos en la misma esfera de actividades. Y de ahí que nos veamos envueltos en la maraña de sus especulaciones. Mas, en tanto allá la discusión asciende y desciende en inter-

literatura españolas, tiene no obstante una explicación bien lógica, que es preciso tener en cuenta cuando se trate de estudiar disciplinas de tanta preponderancia como lo es la poesía de ese país dentro del concierto artístico universal.

Lamentablemente, el dolor es común a todas las colectividades. La humanidad está esperando, desde muchas épocas anteriores, una generación de hombres genios que puedan expresar sus inquietudes, prescindiendo de esa emoción que el trastorno moral o sensorial produce en el alma humana. Ciertamente que nos sentiremos felices cuando ese momento histórico aparezca como guía de nuestros destinos futuros, olvidándonos de lo que somos como materia, como conjunto celular por vía del cual nos reproducimos. Traemos con nosotros en los dolores del parto que nos dieron vida el primer llanto, como un himno de los cielos a la creación. Aprejuados en un mundo ancho, en que nos estorbamos todos por complicaciones absurdas inventadas artificialmente, justamente para dificultar nuestra existencia, encontramos toda suerte de enfermedades y desventuras. Cuando por medio de la cultura alcance el hombre a extirpar de su organismo físico el dolor y, en el orden de convivencia, abreviar los inconvenientes que se presentan sin que constituyan un contratiempo o alteración en el orden normal de la vida, seguramente entonces no habrá noche en el corazón de las personas sensibles, ni lágrimas que broten de ojos que jamás debieron estar tristes. No apresuremos demasiado el momento. Preferible que aparezca como consecuencia, naturalmente, del modo que se produce el movimiento de la sangre.

El camino recorrido es ya demasiado largo y el sentimiento de la humanidad está saturado de temores y de angustias. Los más aventurados exploradores que ha tenido la historia llevaron tras su esfuerzo esa siembra ingenuita en el hombre de hoy. Cuando la aventura no ha sido real, sino producto de imaginación, el hombre tampoco pudo huir de la tristeza. Nuestro señor amo Don Quijote, Guzmán de Alfarache, Hamlet, Fausto, ¿qué son sino pobres caballeros que a pie o en cabalgadura, pasean a través del mundo su desconsolada tristeza, riqueza que aparecen a los vientos y a la luz del día? Los otros, como Pizarro, Cortés, Soto, Magallanes, que recorrieron la tierra y las aguas del globo en una hazaña sin simular por los tiempos de los tiempos, fuera de las alforjas de sus rocines o las bodegas de sus carabelas, ¿qué condujeron sino una angustia grande que pena parecía? Y ellos podían modificar las rutas físicas, conducir voluntades, abrir caminos desconocidos al porvenir. Pero siempre lo mortal, predominando sobre el materialismo, se fundió en la queja me-

en los otros pueblos del occidente europeo, que fueron formándose simultáneamente, sino por los mismos agentes físicos por otros cuya existencia ordinaria no era entonces muy distinta a la de los españoles. Indudablemente que, cuando nació el convento, con sus puertas cerradas y sus murallas, la vida interior era muy distinta que en el exterior, y los oficios religiosos cultivados en la oscuridad y el lamento quejumbroso, tan enfermizo en mentalidades virgenes, ejerció poderosa influencia. Pero el hecho era común igual a las otras comunidades y en línea general la nota más pronunciada la presenta siempre España desde este punto de vista.

Desde luego que nunca la alegría se ha generado en situaciones de inquietud, bajo la presión de tormentas morales o tempestades físicas en que está en peligro la vida. Por principio natural, la vida es un disfrute tan preciado que sólo en muy escasos antipodas de sistema alterado prefiera a ella la muerte. Cada elemento viviente lucha por conservarla o hacerla tan larga como le sea posible. Para ello pone en juego todas sus energías físicas. Cuando circunstancias especiales alteran ese orden de convivencia, hay que recurrir a todas las reservas del ingenio y ponerlas en actividad. Y si, aparte del dolor moral que tal quebranto supone, los hechos imponen un castigo, entonces las fibras sensoriales se resienten y en el agotamiento y rotura aparece el dolor general que distribuye en el organismo esa catástrofe operada en el sistema físico del individuo. El dolor, que literariamente alguien ha considerado como constructivo, es una negación de actividad porque inmoviliza. Y el individuo inmovilizado está expuesto a la voluntad ajena. Cuando el hombre, en uso de sus facultades, encuéntrase impedido de actuar frente a circunstancias peligrosas que reclaman insistentemente un concurso que no puede prestar, estalla entonces en explosiones de dolor, que generalmente encuentran alivio en la secreción glandular.

Pero el dolor, acentuado y persistente, impidiendo al individuo olvidar, que es una de las más preciosas condiciones de que los sentidos dotaron al espíritu humano, vuelve taciturno y huraño y, quiérase o no, por vía de reproducción natural o moral, se transmite a través de las generaciones. Llegamos así a la formación de caracteres que se enmarcan hoy día en grupos característicos que distinguen a un pueblo del otro por el trato personal, las costumbres y sus manifestaciones exteriores, ya sea artísticas o de otro orden. Por ello que, sin ofrecer ninguna particularidad desde el punto de vista literario, el fenómeno para el estudio del carácter fundamental impreso en la poesía y

sidad, aquí, en esta joven América, los hombres hacen suyos los problemas mundiales. Si su centro de gravitación todavía puede encontrarse alejado por distancias geográficas, la batalla del espíritu adquiere entre nosotros nuevos bríos. La palabra que no pudo pronunciarse allí, recorre el mundo entero por la vía de comunicación americana. Frente a la incertidumbre del porvenir, ante el temor de un nuevo cataclismo de contornos universales que Europa atiza, América trata de forjar los eslabones de su propia cultura. Y como resultante de ello, la nota más alta de la poesía continental es la que exprime un mayor contenido humano. No arte por arte, según el viejo concepto, sino en cuanto entrañe exaltación del espíritu.

Hasta hoy, el arte americano no siempre encuentra abiertas las fronteras, pese a sus preocupaciones por universalizarse y llevar ese mensaje fraterno a todos los rincones de la tierra. Hijo de la revolución, es de los albores de su emancipación política donde el arte adquiere carta de ciudadanía. Sus estrofas están forjadas con tan puros metales, prometiendo resistir los sacudones de las contiendas que el horizonte político anuncia con acento agorero. El maquinismo, con su rechinar de émbolos y bielas, nos presenta un panorama bien sombrío y la lucha entre la cultura y la civilización capitalista adquiere a veces caracteres trágicos. De un extremo a otro de los continentes, dos formas completamente opuestas en esencia pugnan por imponer su predominio estético, como resumen de este diálogo que trata de definir los destinos humanos. De un lado, el arte se ha humanizado, consciente de representar al hombre como ejemplo vivo de la grandeza. Poetas, pensadores y artistas imprimen a su obra esta nota singular que la técnica moderna aspira a envolver en sus engranajes. La idiosincrasia del espíritu latino que, a través de la historia, ha emprendido todas las hazañas, con olvido de un interés inmediato, cultivado en esta parte del mundo, con aclimatación en torno de ser definitiva, prosigue la obra secular de sus viejos maestros que cimentaron la cultura occidental en lo que tiene de vigoroso y reconfortante estímulo del alma. De ahí que se acerque a sus fuentes más puras en procura de la verdad dentro de la belleza, sin medir el tiempo y la distancia, con pasmosa impasividad, consciente de que sólo mediante los valores espirituales el hombre podrá ser grande y eterno. Con esa premisa, no interesa el tiempo en que podrá operarse el renacimiento efectivo de la cultura americana, culminación que ya se vislumbra en todos los sectores afines del arte en general, pero con la certidumbre de que cada uno va to-

mando parte activa en esa manifestación innegable que es toda una realidad.

Al otro extremo, por vía de sus propios agentes raciales y como consecuencia de un trasplante histórico, la técnica aplicada a la industria, trata de imponerse sobre el hombre, a quien considerara un instrumento dócil de su fuerza avasalladora. Dominada por el interés, que todo lo reduce a metal, el arte es sacudido por la fiebre de un destino inmediato, que parece escapársele de las manos, como producto genuino de la civilización del dinero. El hombre es víctima del presagio funesto que amenaza con la destrucción del mundo y cada cual aspira a realizar su sueño dorado inmediatamente, destrozándose, envuelto en las redes de la economía y la política a cuya influencia, lejos de sustraerse y ofrecerle combate, negándole valores, atacándolas, abjurando de ella y de sus dioses.

POESIA IBERICA DEL DESTIERRO

El arte español es, en general, representación del dolor, expresado a través de diversas facetas. Detrás de esa alegría aparente que en algunas veces le envuelve como débil caparazón, hay un fondo de amargura acentuado que se manifiesta de modos muy diferentes, según sea el origen telúrico del agente representativo en cada una de las naciones en que se divide la confederación ibérica. La historia de la poesía y literatura españolas no acusa sino esa nota sobresaliente, que no siempre es individual, sino colectiva, pero que aparece invariablemente como fuente de inspiración. La carga es tan pesada que aun en las artes menores se acumula y sirve de válvula que evita el estallido, en llanto abundante y lágrima copiosa.

El creador de Ruy Díaz ¿qué es si no un elemento triste que deambula sobre la estepa castellana y las vegas de Valencia con su bagaje de pesadumbre? Juan Ruiz, que en su retiro ha modelado en versos de melodia tantas emociones que llegan al fondo de las almas sensibles, es un genuino paradigma de ese estado espiritual que el claustro impuso, inundando de sombras la vida peninsular. Sin embargo, tal vez sea preciso ahondar algo más en el problema, ir hasta las fuentes mismas de la genealogía individual, para encontrar luces que nos lleven a la explicación de ese fenómeno.

Como fuentes de aluvión, agrupadas diferentes razas humanas en suelo ibérico, encontramos al semita que, si bien ha tenido poca influencia en la formación espiritual española, no por ello dejó de depositar su melancolía que se viene de los dolores agrupados en torno de sí por las in-

justicias del mundo desde milenios atrás. O bien del berberisco, azotado por las arenas del desierto, del simún y la distancia insalvable sobre un suelo calcinante que eleva la temperatura de la sangre a la altura del delirio. El camión de las caravanas era casi siempre la ruta sin retorno, con sus sedes terribles, sus días interminables, sin noche, que obligan a los más variados recursos del ingenio para huir, llegar y salir de tan gran tormento, que obligaba a reír, cantar o ulular, cuando no a morir, ya sin luz en los ojos. O del celta, que llegaba con sus brazos nervudos y velludos, corrido por las hordas salvajes de los fondos caucásicos, de los fiordos noruego-finlandeses, de las riberas del Hellesponto, en una carrera de siglos, enseñando a las tribus europeas los rudimentos del alfabeto, la construcción de monumentos con que honrar la memoria de sus antepasados en forma de dólmeneos y columnatas y enseñándoles a labrar la tierra que produciría las mieses.

Inestables tanto unas como otras razas, expuestas siempre a la voluntad del invasor extranjero, que desarrollaba el orden de vida impuesto por costumbres, producto de evolución familiar, para imponer las del sucesor, ese desconcierto que alteró totalmente los sentimientos de la vida humana en todas las épocas de la historia, forzosa-mente había de dejar un sedimento de pesadumbre ante la esperanza incierta del mañana. Terriblemente insostenible es el dolor frente a la angustia de lo desconocido, entre dos enemigos feroces que, aun cuando advinamos sus sentimientos, ambos son criminales. Y de aquí, en este caldo de angustias y pesadumbres, que terminaban casi siempre en huidas interminables, emigraciones colectivas, espoleadas por el bárbaro que de uno a otro extremo de Europa atravesaba el suelo tendido de sangre, la muerte aparecía como una reivindicación, un consuelo, una felicidad.

La madre, que debía llevar sus hijos a cuevas y las entrañas fecundadas; el padre, con sus bárbulos bajo un cielo inclemente, con sus lluvias torrenciales que sepultaban la tierra bajo el agua, las tormentas eléctricas, que retornaban en la bóveda del cielo amenazando con sus ruidos romper la corteza terrestre o los rayos caniculares en otras zonas que agrietan la tierra quemada por el fuego, donde perecen pájaros y animales víctimas de la sed, todos estos elementos naturales y fenómenos circunstanciales en la formación espiritual de cada pueblo, no podían por menos que imprimir su sello, inconfundible por cierto, en la constitución de la vida española. No está determinado con precisión si en la materia religiosa, este sentimiento de humilde dolor que campea en las expresiones artísticas de los españoles, es más o menos acentuada en la península que

Ideas sobre educación



IX

CONSECUENCIAS DE LA REFORMA

LOS augurios prometedores sobre la educación de los últimos años del siglo dieciséis en muchos países europeos, se vieron en gran parte defraudados por los golpes que estos pueblos sufrieron debido al terremoto de la Reforma. Las guerras de los Huguenotes en Francia; la Guerra de Treinta Años en Alemania y la Guerra Civil en Inglaterra, segaron las ilusiones de las corrientes que cara a la educación habían seguido estos países, los cuales iban quedando agotados casi por completo y no podían ocuparse de otra cosa sino de su propia defensa frente al enemigo tanto del exterior como del interior.

En los días católicos, por supuesto, también tuvieron sus dificultades por lo que de rechazo les alcanzaran las luchas exteriores y escarceos internos, pero sufrieron menos en este sentido y aquí los jesuitas, a pesar de la oposición que hallaban por parte del pueblo y por las mismas instituciones religiosas, tuvieron oportunidad para expansionarse y acaparar riquezas, hegemonía sobre centros de enseñanza, y lo más añorado por ellos: poder.

En los países protestantes, con las improvisaciones del nuevo sistema de educación y las dificultades económicas, fueron en aumento las deficiencias y defectos en los programas. La Iglesia reformada tendía a desentenderse un tanto de las escuelas con el desenvolvimiento del espíritu secolar, y aquella preocupación que durante la Reforma sintió por la educación, al no ser debidamente atendida por el Estado, o por la generosidad pública, resultó ser demasiado pobre para las necesidades de la época. Con las escuelas mal provistas y dotadas de maestros pobremente pagados, la educación decayó y sufrió grandes reveses, por lo que al final de siglo la mayoría de los países del norte y occidente de Europa una parálisis o estancamiento de los centros docentes.

Yendo de esta forma las cosas, no debe de extrañar que las escuelas del siglo precedente que se dedicaron a enseñar en latín y se ocuparon muy poco por la introducción en sus programas de la lengua vernácula y demás asignaturas modernas, mantuvieran sus cursos sin alteraciones de ninguna clase. Como se sabe el latín había dejado de ser la sola lengua en la que los hombres de letras expresaran sus puntos de vistas sobre no importa qué materia, por lo que fuera de un puñado de humanistas bastante reducido que se aferraba a la fe de los estudios clásicos como única salvación para la educación, todos escribían y hablaban en el idioma nacional. No obstante, las escuelas eran dueñas de la situación debido a las discrepancias y pugnas en los diferentes puntos de vista mantenidos por gru-

pos y sectas sobre la enseñanza, y de esta manera, defendiendo su posición, aunque en estado de decadencia permanente, aguantaría hasta la Revolución Francesa que una vez más hiciera estremecer los cimientos de Europa.

OTRAS INSTITUCIONES DE ENSEÑANZA

Los oratorianos

Además de los jesuitas, llegaron a formarse otras sociedades católicas con miras a acaparar la enseñanza hasta donde les fuera posible. En Roma nace el Oratorio del Amor Divino, una asociación voluntaria con un número de clérigos y seglares que se interesaban en la reforma de la Iglesia y al mismo tiempo prestaban devoción al humanismo y a una vida pura dentro de los marcos de las doctrinas agustinianas. Influenciado tal vez por los oratorianos italianos, se constituye en Francia en 1611 el Oratorio francés por una congregación de clérigos, cuyo fundador fué Pierre Bérulle. En principio esta institución se proponía la formación sacerdotal del nuevo clero, pero poco a poco fué abrazando la enseñanza de la juventud, estableciendo numerosos colegios entre los cuales alcanzaría gran celebridad el de Juilly. Los escritos de Descartes influenciaron grandemente el espíritu y la obra de los oratorianos franceses, y como miembro de la orden el filósofo Malebranche, daría tonalidad también a los fines docentes de ésta. Los oratorianos se proponían fomentar estrechas relaciones entre alumnos y maestros por medio de la convivencia informal cotidiana.

El segundo Superior General de la orden C. de Condren formó el método de estudios, en que tomó muchas cosas de las costumbres didácticas comunes de entonces y otras de métodos puestos en práctica ya por otras instituciones de enseñanza. No obstante el método de los oratorianos franceses llevaba infinidad de cosas originales que pasarían después a otras escuelas y muchas de estas ideas han llegado a tomar carta de naturaleza en la enseñanza moderna.

La principal de éstas fué el dar mayor cabida al cultivo de la lengua nacional, llegándola a emplear no sólo para explicar, sino también para enseñar los primeros cursos de latín. Así las clases se daban en francés, enseñando matemáticas, física y ciencias naturales; además buenas maneras, danzas y juegos diferentes. Los oratorianos dedicaron gran interés al estudio de la música, por lo que eran conocidos como « les pères au beau chant ». Palestrina había sido partidario de San F. Neri, el fundador del oratorio italiano, y compuso música para la congregación, de aquí el nombre de oratorio a ciertas partituras. No olvidaron el estudio de las lenguas clásicas, pero sus escuelas tenían mu-

cho de realistas y si anteriormente la gramática se enseñaba desde el principio en latín, los oratorianos escribieron una gramática latina en francés, si bien hicieron obligatorio el uso de hablar latín en las clases de los cuatro cursos superiores. El griego tuvo menos énfasis en los cursos de sus escuelas que el latín, quedando reducido a la traducción de los buenos autores, dando más margen a las explicaciones en clases.

Los jansenistas

Los jansenistas tomaron su nombre de Cornelius Jansen, obispo de Yprès y autor del libro «Agustinus» en el que atacaba a la gracia divina y exponía conceptos contrarios a los de los católicos sobre el primitivo estado del hombre. Por estos motivos y más que nada por la competencia que hacían en materia de enseñanza a los jesuitas, éstos últimos les declararían la guerra sin cuartel. La secta jansenista se componía de hombres como el Abate de Saint Cyran, Nicole, Pascal, Arnauld, etc., y las escuelas establecidas por ellos se asemejaban a las del Oratorio. La teología tanto de un grupo como del otro se derivaba de San Agustín y su concepción ascética de la vida les llevó a la estrecha vigilancia de sus alumnos.

Esta secta se adueñó de la abadía cisterciense de Port-Royal des Champs gobernada por la abadesa Angélica Arnauld, y establecieron en sus alrededores, 1643, sus Petites Ecoles, las cuales no durarían más de una veintena de años. Pero a pesar de esta efímera existencia y del reducido número de niños educados en aquellos establecimientos, las escuelas de Port-Royal ejercieron cierta influencia en las tendencias de la pedagogía, bien por la importancia de hombres como Nicole, con su libro «La educación de un príncipe»; Lancelot, gran helenista, con su libro «Jardín de raíces griegas» y «Métodos de Port-Royal», o porque sus enseñanzas se adaptaban al espíritu de la época.

Las escuelas y clases eran pequeñas y generalmente los maestros vivían con los alumnos. En general los programas escolares eran parecidos a los de los oratorianos, sin clase de danzas como los de aquéllos. Los jansenistas introdujeron el método de la enseñanza de las lenguas clásicas en francés, lo mismo el latín que el griego, esto contra el uso antiguo de las escuelas humanistas. Claro que esta regla no fué invención de ellos, pues como hemos visto antes, los oratorianos la habían ya puesto en práctica; pero los port-royalistas pusieron gran énfasis en aquellos aspectos de los estudios clásicos que proporcionaban una mayor lucidez y facilidad para comprender la lengua nativa. Las traducciones a un francés correcto se consideraban más importantes que las traducciones del francés al latín o al griego; habían llegado, en una palabra, a considerar la lengua vernácula tan importante o más que las clásicas en el uso diario de la enseñanza.

Los principios y métodos de les Petites Ecoles se hallan bien expresados en el libro de Coustel titulado «Reglas para la Educación de los Niños» publicada en 1687.

Saint Cyran como su amigo Jansen seguía a San

Agustín en su doctrina de predestinación y si bien no creía en la educación por sí misma podría hacer al hombre más bueno, teológicamente la consideraba una necesidad. Sus ideas partían del principio de la malicia radical del niño, como del hombre. Creía que nada podía agradarle sino el mal moral, por lo cual aunque sintiendo gran compasión por ellos les era imposible guiarles con dulzura al fin deseado. «El diablo posee ya el alma del niño antes de nacer». Creía que el bautismo aportaría una restauración temporal de la bondad original que pertenece a los hombres antes del pecado, pero ésta no sería suficiente para conservarles la pureza. La única solución para evitar el alejamiento de la bondad era la estrecha vigilancia durante la niñez ejercida por los maestros cristianos. Por otra parte Saint Cyran sentía un afecto profundo por los niños y esto le llevaba a pensar que el mejor servicio que podía prestarle a Dios era empleándose en la educación de ellos.

La organización de las escuelas estaba determinada por sus concepciones teológicas, pues el miedo que sentía de las malas influencias al poder oponerse a las virtudes recibidas por el bautismo, le llevaba a aquel afán suyo de querer tener bajo su protección la vida entera del niño que le era confiado. Al entrar en la escuela era condición previa el que los padres hicieran entrega completa de sus hijos, sin permitir contacto alguno con la sociedad. Por esta razón las clases se componían de cinco o seis alumnos solamente confiados a un maestro quien hasta dormía con ellos en el mismo dormitorio. El mayor esfuerzo se dedicaba a la enseñanza religiosa hasta el extremo de atajar los estudios intelectuales de cualquier chico de inteligencia despejada si tales estudios peligraban la vida espiritual; así los libros que formaban parte de los estudios eran meticulosamente seleccionados de acuerdo con la moral y principios religiosos, por lo que cualquier frase o párrafo sospechoso se le hacía desaparecer.

Como puede verse no caben encontrarse opiniones más obtusas sobre educación, sino en otras congregaciones religiosas, como por ejemplo la de los jesuitas, y si Saint Cyran hubiese vivido hasta el final de las escuelas sin duda alguna éstas no se hubiesen podido sacudir esta miopía. A su muerte su obra pasó a manos de gentes jóvenes que aunque discípulos de él en lo que a la fe se refiere, sentían ya los aires de renovación del mundo y como resultado de ello los fundamentos del sistema sufrieron modificaciones considerables con la fusión de principios cartesianos y otras corrientes.

El fin perseguido por los jansenistas fué siempre la formación del carácter cristiano, pero con el tiempo los estudios intelectuales fueron tomando carta de naturaleza entre ellos; así fueron introduciendo la ciencia, las matemáticas, la historia, etc. Pero en lo que bien se diferenciaron de los demás fué en el estudio de las lenguas, especialmente la vernácula. Escribiendo sobre el método de las escuelas decía Coustel a este respecto: «Considerando el punto de perfección que ha alcanzado nuestra lengua, ésta merece que la cultivemos un poco. Desde luego nunca ha sido tan rica en expresiones, tan

noble en frases, tan precisa y tan preñada de epítetos, tan sutil en sus giros y circunloquios, tan majestuosa en sus movimientos, tan brillantes en sus metáforas, y finalmente, tan natural y tan perfectamente magnífica y suave en sus versos, como es en estos momentos. Sería vergonzoso para los niños ser bárbaros en su propio país cuando todas las naciones se disputan con las demás el aprender todas las bellezas de esta lengua y perfeccionarse en ella.»

EL APORTE CARTESIANO

El amor a los niños que traen los fundadores de las escuelas a la congregación iría a mezclarse más tarde con las ideas cartesianas y esto daría lugar a que los sucesores de Saint Cyran buscaran más claridad y precisión en las ideas aplicables a su sistema, procurando obtener un conocimiento más íntimo de la naturaleza del niño como base para la labor docente y por otro lado buscando los métodos de instrucción que sin grandes dificultades allanaran el camino a sus educandos.

Al enunciar los principios que todo maestro debe tener en cuenta con las diferencias mentales de los alumnos, dice Coustel: «Si un médico no puede recetar los remedios apropiados para la cura del cuerpo sin el conocimiento de la diferencia de temperamentos, y si un campesino tiene que conocer las cualidades del suelo antes de empezar a sembrar, entonces no cabe duda de que un maestro de escuela debe conocer también las diferentes clases de intelectos que tiene que cultivar.»

Las escuelas de Port-Royal también ejercieron la enseñanza femenina. Una hermana de Pascal, Jacqueline, escribió en 1657 un reglamento para las educandas muy en consonancia por cierto con las ideas y la rigidez de la educación jansenistas. La enseñanza femenina se limitaba a leer, escribir y catecismo, confiando la mayor parte del trabajo a la memoria, «para ocupar el ánimo e impedir así los malos pensamientos». Recomienda a las alumnas que hagan siempre aquello que les desagradaba en extremo porque eso es más agradable a Dios, teniendo siempre presente que las niñas son hijas de la ira, inclinadas de suyo al mal solamente.

Impone silencio absoluto y exagerada modestia de los ojos; condena la familiaridad de actos amistosos, no sólo con las religiosas, sino también entre las mismas educandas. El ocio, la tranquilidad, la familiaridad, la distracción, todo lo placentero, lo consideraba un medio de perdición. Todas estas reglas se hallan impregnadas de ese sentimiento de predestinación cristiano que arrastran todas estas congregaciones.

Después de la celebración del Concilio de Trento (1545-1563), en el que, ante la avalancha de la Reforma que tanto desorden crea en las filas de la Iglesia católica, se acuerda dar una reorganización a las costumbres y prácticas del clero, no se descuida tampoco el control del pueblo que al fin y al cabo ha influido más que nadie en remover el mal que la degeneración de las costumbres eclesiásticas hacían en la moral de todos. Para ello había que empezarse con la pretendida reconstitución de la perturbada enseñanza, no olvidando en primerísimo

lugar que se enseñara la doctrina cristiana, o como ellos llaman, los fundamentos de la fe y la moral, no ya entre los seglares, sino a los eclesiásticos donde bien relajada andaba la una como la otra. Así en el decreto de reformación, el concilio disponía que se atendiera no sólo a los estudios de escritura sagrada en las catedrales y monasterios, sino también que se crearan cátedras de gramáticas. Esta propuesta enseñanza sería subvencionada por las Iglesias y donde éstas gozaran de escasas rentas, al maestro, que sería nombrado por el obispo, se le señalaría el beneficio de algunos honorarios que correrían a cargo del cabildo o del obispo.

Las disposiciones del concilio a este respecto dieron sus frutos. Fueron legiones las hermandades que surgieron para dedicarse a la enseñanza, claro está, a la enseñanza catequista. De forma que como colofón a los titubeos de algunos eclesiásticos en varias partes de Europa para dar forma a estas ideas, en 1560 Cusani se asocia a E. de Pietra y a César Baronio y con la ayuda de algunos seglares, forma en Roma una hermandad de la doctrina cristiana. A sus miembros se les conocería por el nombre de agatistas por haberles dado Gregorio XIII la iglesia de Santa Agueda. En Aviñón (Francia), César de Bus, fundaría en 1592, otra congregación llamada de padres doctrinarios, destinada según ellos a confirmar la fe de los franceses por medio del catecismo para así prepararlos contra los errores calvinistas.

Los Escolapios

Pero todos estos ensayos de mera instrucción religiosa no dan los resultados apetecidos y la Iglesia tiene que mirar más allá de estos límites si quiere catequizar a quien se propone: al pueblo. Esta función la emprenderían congregaciones de más poder y organización que las que acabamos de enumerar más arriba. La secta que en España se llama de los escolapios y en otras partes piaristas, tiene por fundador a José de Calasanz, aragonés de la provincia de Huesca. Como la Compañía de Jesús, que tuvo por fundador a otro español, la Congregación Paulina de los Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios, de las Escuelas Pías, tampoco nació en España y como la primera halló gran oposición cuando quiso establecerse allí. Calasanz fué a Roma en 1592 y allí se dedicó a enseñar la doctrina en los templos, como miembro de la Hermandad de la Doctrina Cristiana, pero viendo que sus prédicas no alcanzaban a la población en la extensión deseada, con el apoyo de grandes y papas fundó escuelas que progresarían rápidamente. El fin de estas escuelas lo define bien el Breve de Paulo V de 6 de marzo de 1617 en el que eleva a la asociación de las escuelas pías el carácter de Congregación Religiosa y con la obligación «de instruir asiduamente a la juventud cristiana en las artes útiles, en la doctrina católica, en la piedad y en las buenas costumbres». Más tarde, en 1621, Calasanz sería nombrado general de la orden por nueve años. Las escuelas de esta congregación tomarían asiento en todos los países europeos. En cuanto a España se refiere, las Escuelas Pías no llegaron a establecer-

se hasta después de la muerte de su fundador, aunque ya en vida de éste se habían hecho tentativas por establecerlas que no llegaron a cuajar. La mayor oposición al establecimiento de los escolapios en España vino de otras congregaciones y hermandades religiosas, especialmente los jesuitas, que habían conseguido establecerse ya por casi toda la península. Todos se dedicaban a ganar almas para Dios desinteresadamente, pero por lo visto hasta en negocios tan poco «lucrativos» como éste hay quien quiere abrogarse la exclusiva. Por fin conseguirían romper la resistencia de la oposición y se establecerían, en el siglo XVIII, con continuidad hasta nuestros días.

En 1648 Jean Bautista de La Salle y sus discípulos formarían una congregación seglar llamada Societé de Frères des Ecoles Chrétiennes, en Reims, Francia. Para las escuelas se trazaron ciertas reglas que sirvieron más o menos como bases para el método adoptado en la congregación. Se distribuyó el tiempo y se formuló que nunca se dejarían solos a los alumnos y se ejercería sobre ellos una estricta vigilancia. La instrucción versaba sobre el catecismo, las oraciones usuales y la historia sagrada; además, los alumnos oían misa todos los días y consagraban gran parte de sus horas de clase a la instrucción religiosa. Los principios pedagógicos de las

escuelas cristianas se hallan contenidos en la «Conduite» de La Salle, que entre otras cosas dice: «Cada escuela ha de tener por lo menos dos maestros y dos clases de salas separadas, pero contiguas. De esta manera se atiende a la vida religiosa de los hermanos y a la distribución de los niños, sin la cual sería imposible aplicar el método propio de las escuelas cristianas que consiste en substituir la enseñanza simultánea a la individual, y donde hubiere gran número de alumnos, se apoya el método simultáneo en el de la instrucción mutua. Nunca se permite que los niños permanezcan ociosos en la escuela, etc.» A pesar de estas innovaciones y la dada al entrenamiento de maestros, los métodos de estas escuelas eran atrasados, y los maestros se hallaban sujetos a órdenes rígidas y anticuadas como las de los mismos jesuitas. La disciplina concebida de tal forma también que en dureza no tenía que envidiar a la impuesta por ninguna otra comunidad de enseñanza religiosa.

Como podrá deducirse por lo expuesto anteriormente, estas congregaciones o sociedades de enseñanza estaban compuestas por hombres dedicados al servicio de Dios y de la Iglesia y su fin y objetivo no eran otros que los de ganar adeptos para su causa, no la educación.

J. RUIZ



Análisis de la emoción

ANALIZAR la emoción ya es penetrar en el caos; nos basta la razón y su aplicación, como lógica universal, para guiarnos en estas tinieblas de lo inconsciente que la experiencia científica comienza a desgarrar para demostrar verdades evidentes. No tenemos otro instrumento, para comprender lo humano, que el raciocinio. Prescindiendo de lo romántico y amanerado por la sensiblería, podemos aclarar la índole de los sentimientos, ya que si conocemos los factores de su génesis y desarrollo, también conoceremos el producto de ellos en la convivencia.

Hacer dualismo entre el pensar y el sentir es caer en las redes metafísicas. Ambas expresiones se manifiestan en concordancia y no se pueden dissociar totalmente. No hay un adentro y un afuera. Todo es interacción del individuo con su medio e influencia de ambos en los fenómenos sociales. Aunque parezca muy cierto para el vulgo que **pensamos para expresar y percibimos para sentir**, parece más razonable sentir y pensar simultáneamente. Sólo en

este equilibrio se puede llegar a la mayor comprensión.

Hay un fondo inconsciente, pero él se va haciendo diáfano en cada uno por medio de la parte deliberadamente consciente que ha creado el cultivo de la razón. Así, ya no podemos afirmar que sólo el pensamiento es la culminación de lo consciente. Si no hay experiencia, si la razón, que es la comparación y el análisis, no interviene para hacer cauto al pensamiento, éste se perderá en las divagaciones.

Las manifestaciones de amor y odio pueden estar orientadas por lo discriminativo de los impulsos íntimos, pero teniendo cuidado de no juzgar en absoluto, en cuyo caso, el hombre se extravía en dictados morales y doctrinarios que se plasman en los diversos grados de la tiranía social.

Las emociones, si nacen del choque de nuestra propia sensibilidad con las energías del ambiente o con otra sensibilidad individual, producen una escala de vibraciones que pueden ser placenteras o pueden oscurecer la personalidad. El hombre que

domina sus emociones y no se deja arrastrar por las que produce el gregarismo social, es un hombre fuerte y refractario a toda sugestión de obediencia. Es el rebelde consciente.

A mayor conciencia corresponde mayor comprensión intuitiva y analítica. Se puede odiar a la proyección de la violencia y del crimen.

En realidad, el hombre que se defiende solo o ayudado por sus afines contra la impostura y el daño sociales, no hace sino reaccionar lógica y naturalmente contra los males que lo cercan hasta aniquilarlo. La lucha es desigual y los verdaderos destructores forman la mayoría que hace las leyes y dicta las morales religiosas y laicas. Si el Estado pudiese ser pacífico y no fabricase armas, podría hablarse de una posible armonía. Pero como no puede haber Estado sin violencia, tampoco podrá haber entendimiento. Quizá lo pueda haber si se llega, por el despertar de la conciencia individual, a una relación anárquica.

El miedo es la más fuerte de las emociones y llega a paralizar la propia defensa; en él predomina la imaginación, que agranda el peligro real o supuesto en determinadas circunstancias en que juega la vida individual. Cuando el miedo, que en su primitivismo va unido al instinto de conservación, llega al paroxismo del pánico, sus efectos forzosamente producen las mayores catástrofes individuales y colectivas. Perdida la serenidad, el hombre, solo o agregado a otros, se convierte en fuerza avasallante; pierde el equilibrio y se lanza, enseguido, a acciones desorientadas.

La sugestión, que tiene mucho de magia y que es manejada por los mandones para embrutecer a sus pueblos, es el primer elemento de la emoción colectiva, en el cual proliferan las mayores aberraciones sociales, presididas siempre por un sistema autoritario.

Es a causa de la disociación entre el sentir y el pensar que se promueven los choques de la convivencia. Al hombre estúpido, que es el verdadero animal clasificado como « hombre sabio », lo arrastran sus posiciones, que son sus múltiples y variados sentires, y lo pueden frenar sus pensamientos en sus desorbitadas apetencias.

Lo corriente es que cada uno halle disculpas dialécticas a sus comportamientos, y eso evidencia el cálculo y la especulación. Todo el mundo rutinario guarda las formas, que es lo mismo que « nadar y guardar la ropa ».

Para huir de su naturaleza animal, el hombre inventó los temas metafísicos; ya impregnados de supuestas esencias divinas o de un panteísmo cósmico que se identifica con la energía inmanente de la naturaleza. Aquí se ejercen los vuelos de la imaginación, por los cuales el hombre hace las más inverosímiles piruetas en el vacío espiritualista.

El arte, en sus diversas representaciones, individualizadas en el conjunto de las bellas artes, se inspira en parte en la emoción del intérprete, pero tiene asimismo una técnica y obedece, en su expresión, a un estudio, a una maestría y a ritmos personales que casi siempre se descomponen en el egoísmo egolátrico de la fama y de la fortuna. Son

muy raros los que se libran de la vanidad y muchos, en general, a quienes la celebridad y la gloria corrompen.

Es una afirmación sin demostración práctica, el rotular los ritmos del arte con los ditirambos divinos o con principios o leyes que el hombre imagina para su comodidad. Es evidente el caos y la indiferencia en toda la naturaleza y sólo un precario equilibrio se puede lograr en el hombre y en su sociedad civilizada, de relativa armonía. El vaivén de las fuerzas ciegas amenaza siempre ese equilibrio y acaba por triunfar sobre las creaciones humanas.

Otra frase muy sugestiva para los espiritualistas es la de que « las emociones han elevado y nutrido los valores morales de la humanidad ». Con mayor valor puede alegarse que sólo la razón, que desentraña los problemas humanos y penetra en las zonas oscuras de la sensibilidad y de las emociones con la luz de las ciencias experimentales, puede guiar al hombre en su efímera existencia, procurando una comprensión y una dignidad personales fuera de toda creencia y de todo dogma.

Las emociones inhiben el raciocinio, la comparación y el análisis y arrastran al hombre a cualquier pasión aniquilante. El hombre puede decir, desde su propio mirador, cuando contempla los espectáculos de su civilización: ¡Qué alegría, qué dolor, qué hermosa expresión, qué actitud horripilante!... Y siempre se hallará ante el examen de todo lo que es él mismo y todo lo que se mueve en su ambiente. Si no se deja emocionar, podrá penetrar en los misterios de lo bello y de lo feo y podrá elegir lo que convenga a su temperamento. Y se librará muy bien de pontificar sobre sus propias soluciones para extenderlas a todos: Esta actitud de serenidad, en que se excluye toda sugestión mítica, destruye asimismo toda ilusión, que es la máscara con que siempre se disfraza la lucha por... la muerte.

El hombre acepta la tragedia de vivir y procura no embriagarse con las mentiras convencionales, ni con ninguna otra nueva mentira. Contra todas se rebela, porque todas se originan en la fatua autoridad, que siempre pretende imponer doctrinas a la fuerza.

Razón y sentimiento son innatos y no es lógico disociarlos. Que cada uno los cultive a su modo, pero discerniendo la ayuda que le piden para esa entelequia llamada progreso y civilización.

La historia ha venido aglomerando conceptos confusos, costumbres arcaicas para cimentar una moral autoritaria sin base biológica, en la que tantas tendencias, normas, reglas y leyes y tantos catecismos se disputan la conducción del hombre, sin lograr que éste se ponga de acuerdo primero en su propio sentir y pensar, antes que hacerse adepto de teorías políticas, espirituales y demás anagazas que dejan siempre en el nebuloso futuro la realización de lo que ya podría lograrse hoy en beneficio de todos y sin disminuir en absoluto al individuo.

Si no hay mira y razón anárquica, no hay modo de llegar a entenderse y a sensibilizarse. Los fatuos dirán que éste es otro dogma. ¡Que aprendan a discernirlo antes de afirmarlo!

COSTA ISCAR

Acotaciones cervantinas

EL cautiverio del P. Haedo en Argel duró desde 1578 a 1581. Redimido Cervantes en 1580, aún tuvieron tiempo de conocerse. No, porque desde la última tentativa de evasión, Miguel hallábase en una mazmorra y no se le veía. Si que el monje benedictino oyó a muchos cautivos elogiar la conducta valerosa de un gentilhombre llamado Cervantes Saavedra, el cual, por su coraje había llenado de admiración la ciudad de Argel. **ESTE GENTILHOMBRE ERA NACIDO EN ALCALA DE HENARES, NO LEJOS DE MADRID.** Pasan treinta y un años, y en 1612 — cuantros antes de la muerte de Cervantes — el P. Diego de Haedo publica, en Valladolid, su «Topografía e historia general de Argel, repartida en cinco tratados, no se verán casos extraños, muertes espantosas y tormentos exquisitos, que conviene entiendan en la Cristianidad: con mucha doctrina y elegancia curiosa». Aquí está el dato del lugar de nacimiento de Miguel de Cervantes Saavedra, de Alcalá de Henares. Transcurre un siglo bien cumplido hasta que comienzan las investigaciones cervantinas, posteriores a la biografía de Mayans referente al autor del « Quijote ». O los eruditos del siglo XVIII — Mayans y Siscar, el P. Sarmiento, Juan Antonio Pellicer, José Miguel Flores, Juan de Iriarte, Vicente de los Ríos, Martín Fernández de Navarrete, etc. — no conocían la Historia citada del abad de Frómista, arzobispo de Palermo y capitán general del reino de Sicilia, lo que no es creíble, o si la leyeron no se dieron cuenta de tan precisa, como preciosa referencia para descubrir el punto donde Cervantes naciera (pecado gordo, por cierto). ¿Resolverá el problema algún «curioso lector» sin ser erudito ni siquiera archivero-bibliotecario?

Según Fors, «antes del mes de octubre de 1568 en que Cervantes contaba 21 años y algunos días, nada absolutamente puede afirmarse de modo indubitable sobre los actos de su vida. Esta fecha es la que constituye el punto inicial desde donde puede empezarse a seguir con datos concretos y comprobados la existencia de nuestro personaje.» Sin negar que a los cervantistas les interesa todo lo de Cervantes, tengo para mí que les interesa menos el hombre que la obra, con emerger ésta de su vida. Puede decirse que Don Quijote tiene más personalidad que Cervantes; puede asegurarse que se ha hecho más crítica del « Quijote » que historia de Miguel de Cervantes. Lo mejor escrito de propio en este sentido es «Efemérides cervantinas», de Cotarelo; «El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra», de F. Navarro Ledesma, y algo de Azorín. Falta una vida de Cer-

vantes trazada con el corazón henchido de sentimiento y no con la cabeza atiborrada de erudición.

..

Cervantes casi no tuvo niñez: la infancia de Cervantes, desasosegada, errátil, sin holgura ni alegría, es el breve exordio de su inacabable tragedia de hombre. Andar y más andar... Esta desdichada familia dió mucho que ganar a los zapateros, por lo mucho que anduvo, no encontrando su Canaán donde establecerse definitivamente. Doña Leonor de Cortinal, natural de Barajas, perteneciente a una noble familia, debía de tener estomagado a don Rodrigo, quien para casarse fingióse médico, siendo tan sólo practicante... y no hábil como Jean Babelón en su libro «Cervantes» señala. No es menos expresivo lo que dice Juana de Minjaca en «Juez de los Divorcios»: «Señor juez, vuestra merced me oiga, y advierta que si mi marido pide por cuatro causas divorcio, yo lo pido por cuatrocientas. La primera, porque cada vez que le veo, hago cuenta que veo al mismo Lucifer; la segunda, porque fui engañada cuando con él me casé; porque él dijo que era médico de pulso, y remaneció cirujano, y hombre que hace ligaduras, y cura otras enfermedades, que va a decir de esto a médico la mitad del justo precio...» Al final del capítulo XXIX del «Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra», el autor da las siguientes explicaciones: «A los cinco días de testar, murió el pobre cirujano Rodrigo de Cervantes y se le dió sepultura, según sus deseos, en el convento de sus amigos los mercedarios. No debió de ser inconsolable el dolor que su muerte produjo a la familia. Ni la de Rodrigo de Cervantes es, como se ha dicho, una noble y hermosa figura, ni en toda la obra de Miguel se ven como cosa sentida hondamente y personalmente grandes vestigios de amor filial. Rodrigo de Cervantes fué siempre un pobre hombre, cuya escasez espiritual aumentaba y remachaba la sordera. De él ni aprendió Miguel gran cosa y no es tan insignificante como parece el hecho de que cuantas veces nombra a los cirujanos, los llame de una manera despreciativa y hamperca «sacapotras», reservando en cambio toda su admiración y respeto para los médicos de facultad. Bien se ve que al hablar de los cirujanos se acordaba de su desdichado padre y al hablar de los médicos le venía a las mientes la bella figura magistral del sabio doctor Gregorio López, que le sacó de la muerte en el hospital de Mesina.» En esta casa hay, pues, un ambiente de contenida reprobación y sordo disgusto: obedecen de mala gana, mormullando... Aquí, en Alcalá de Henares, con-

traen matrimonio Rodrigo y Leonor: de aquí son Andrés, Andrea, Luisa, Miguel y Rodrigo, y de este punto parten, entre 1550 y 1554, para Valladolid — donde en 1555 nace Magdalena —, teniendo Miguel tres años y meses. Las primeras letras las aprendió Cervantes en Valladolid yendo a la escuela. También, congojas económicas: el santo de espaldas... Parte toda la familia a Madrid en 1556. ¿Qué hace Miguel en Madrid desde 1556 a 1562? Cursa en el Estudio de la Villa, donde recibe instrucción clásica, siendo alumno del licenciado Jerónimo Ramírez. Al siguiente año, o a los dos a más tardar, emprenden viaje a Sevilla, menos doña Leonor y Luisa, que va para monja. Cervantes tiene diez y siete años. En el colegio de jesuitas donde ingresa y que acaba de abrir sus puertas a la juventud, conoce al futuro personaje Mateo Vázquez de Leca, también alumno. Parada de dos años y retorno a Madrid teniendo Miguel 19. Corre el año 1567: el 68 muere la reina de España, con cuyo motivo Cervantes, «caro y amado discípulo» del P. López de Hoyos en el Estudio de la Villa y Corte, donde otra vez cursa, revélase como poeta inspiradísimo.

«¿A quién irá mi doloroso canto
o en cuya oreja sonará su acento
que no se deshaga el corazón en llanto?...»

El triunfo de Miguel — escribe Navarro Ledesma — fué, a no dudar, grandísimo, cuanto podía serlo en ocasión tan famosa. Se hombreaba aquel poeta principalmente con su propio maestro, con el gravísimo doctor Francisco Núñez Coriano y con otros escritores de nota y autoridad. Los versos, dedicados al presidente del Consejo, don Diego de Espinosa, por acuerdo del Estudio, figuran en la «Historia y relación verdadera de la enfermedad, felicísimo tránsito y sumptuosas exequias fúnebres de la Serenísima Reina de España doña Isabel de Valois, nuestra señora. Con los Sermones, Letras y Epitafios a su túmulo, etcétera, impresa en la muy noble y coronada villa de Madrid en casa de Pierre Cosin, el año 1569.» Resumiendo: el padre y la madre de Cervantes, en las jornadas de su infancia posteriores, fué su hermana Andrea, esto es, lo que Miguel de Cervantes para Diego de Chaves en el cautiverio de Argel.

EL IDEAL

CUANDO decimos «Ideal de la Humanidad», tomamos la palabra idea en un sentido preciso, a saber: concepto puro e inmediato del espíritu y concepto total, que no depende de experiencia sensible (aunque concierne *anticipadamente* con ésta), sino que es original y primero, como tal *antecede* y regula toda idea particular. Fijada esta distinción, se puede, si se quiere, dar a tales conceptos inmediatos del espíritu el nombre de ideas puras o intuiciones, que con poca diferencia tienen el mismo sentido; nosotros conservamos el primer nombre.

Pero ¿se dan en el espíritu tales conceptos inmediatos o tales ideas primeras? Nosotros podemos dejar esta cuestión, como propia de la teoría, bastándonos la prueba de hecho: que el espíritu ejerce tales actos primeros intelectuales, puesto que los define y nombra, sobre lo cual no pudiera aquél remitirse a testimonio extraño. Cuando decimos: «Esas son mis ideas», expresamos con esto aquellos conceptos originales e inmediatos que anteceden a todo otro de su género y a la experiencia, y que determinan, según ellos mismos, todos los ulteriores: son *principios*.

Síguese de aquí que una idea encierra en sí un mundo de segundos conocimientos y aplicaciones, y tal es el sentido con que nos atribuimos o atribuimos a otros ideas. Una idea forma todo un hombre y todo un sistema de vida, y apenas luce ante el espíritu, quiere ser cumplida en tiempos y circunstancias; y, en efecto, nos insta y apremia poderosamente hasta que se ha convertido en efectiva realidad. Por esto pasa la idea en un segundo estado a convertirse en *Ideal*, esto es, en direcciones y formas ejemplares determinadas conforme a la idea primera. Demos, si se quiere, al ideal el nombre de plan, proyecto, regla, según el fin y esfera a que se dirige; siempre aquí se manifiesta a un estado siguiente a la concepción de la idea pura, y antecedente a la aplicación última de la misma. Por lo demás, este sentido de la idea o ideal ninguna limitación tiene aquí en el objeto: el acto más común de la vida es una obra hecha con arte, según los medios dados, bajo idea y plan previsto en forma de ley, para un fin racional hasta su entero cumplimiento: el *hecho racional*.

Aplicando esto a nuestro objeto, cuando decimos «Ideal de la Humanidad», suponemos ya la idea de la *Humanidad* deducida en un principio real y capaz de dar plan para lo que debe ser aquella en la historia conforme a su naturaleza y ley propia. Cuando esta idea de la humanidad es clara para el espíritu, y lo mueve interiormente a convertirla en hecho, entonces se determinan direcciones y planes prácticos de obrar, esto es, se forma un ideal al tenor de esta cuestión: ¿Cómo deben ordenarse las relaciones humanas, las tendencias y direcciones que la humanidad envuelve en sí, para que correspondan a su naturaleza y al cumplimiento de su destino?

Tiene, pues, la palabra *Ideal* un sentido práctico para la realización en el tiempo de una idea primera, no de otro modo que toda obra humana procede de un concepto primero y mediante un ideal cierto.

KRAUSE

EL PILOTO

HACIA mucho tiempo que Eubulo había perdido a su padre.

La muerte de su madre lo puso en posesión de una rica herencia. En secreto, pidió consejo a Psicodoro:

— Si considerara a las riquezas como bienes, amargamente lloraría ganando con la pérdida de mi madre. Pero yo sé, gracias a tí, que las riquezas son cosas indiferentes o más bien nocivas, y bajo los dedos del estatuario dichoso, la vida del rico es menos plástica que la vida del pobre. Dime, pues, ahora, ¿qué debo hacer con lo que me da la ley injusta?

— No levantaré yo tus piernas con mis manos para que camines. Tú eres el que debes accionar según seas y según puedas.

— Pero tú nunca me has negado darme consejos. Es para mí una alegría hacer una cosa que me parece bien. Mas hacer una cosa que tú me indiques, ¡oh, Psicodoro!, tú a quien yo admiro por encima de todo, representa para mí la más grande de las alegrías. ¿Por qué me niegas entonces, mientras mi corazón desborda de duelo, lo que para mí sería la más preciosa de las consolaciones?

— Hijo mío, que tu alegría de infancia y de docilidad para nada entre en un gesto que debe ser viril y libre. Si yo hiciera lo que me pides excedería mis derechos. Puedo a veces detener una mano que va a sembrar el arrepentimiento. Pero nunca me permito empujar a alguien hacia la acción. Ciertamente, nada más hermoso que el ser pobre, pero con la condición de que se ame la pobreza. El pobre voluntario, si siente alguna pena, se vuelve inferior al que ha seguido siendo rico. Se parece al hombre débil que ha querido ascender demasiado por la pendiente de una montaña difícil. Se ahoga, se fatiga, mira hacia abajo; su corazón se rebela deseando la llanura y su cabeza sufre el vértigo; en fin, su pie mal asegurado resbala encima de una piedra que se desliza. Y el presuntuoso cae, malherido más abajo aún que los compañeros que se sentaron a mitad del camino. Tú debes saber quién eres, preguntarte lo que eres, y luego, sin preguntar a los demás si tienen la fuerza para ir más lejos o para detenerse más cerca, caminar con tus propias piernas, conociéndote a tí mismo.

Eubulo, al oír estas palabras, corrió hacia la ciudad, vendió su herencia y distribuyó el dinero entre los pobres. De todos modos conservó, además de un asno y dos canastos, diversas monedas que en conjunto valían un talento.

Desde entonces, cada vez que atravesaban una aldea, Eubulo entraba en las ventas y cargaba el asno con algunas provisiones. En los campos, los que tenían hambre se acercaban para agarrar pan en el canasto de la derecha, higos o aceitunas en el canasto de la izquierda. Mas el asno nunca llevaba

bebidas inútiles: a Psicodoro y a sus discípulos les agradaba beber en la cuenca de los manantiales o en la punta de esas cañas que los pastores hacen parecidas a una flauta y que lentamente deslizan la frescura deliciosa del agua, como otras cañas dejan caer, gota tras gota, el continuo y delgado hilo de su música.

Exciclo, que era avaro, desaprobaba en el fondo de su corazón lo que había hecho Eubulo. Creía que Psicodoro había aconsejado esas cosas y se decía a veces a sí mismo: «¡Cuán peligroso es ese anciano para los que creen en las palabras!...» Cuando hablaba delante de otros, no se atrevía a proclamar una censura directa, pero bromeaba burlón comparando a Eubulo con Crates de Tebas y a Psicodoro con Diógenes de Sinopo.

— Crates de Tebas, el jorobado rico, estaba loco: se privó de sus riquezas para obedecer a un hombre que ni siquiera podía desembarazarle de su joroba. No supo darse cuenta que Diógenes de Sinopo, pobre y envidioso, se parecía al perro de la fábula que, atado al pesebre, no podía comer el heno ni soportar que otros lo comieran. Pero el caballo, menos inapto que Crates, no oía los envidiosos ladridos.

Exciclo añadía:

— A mí me parece que se puede filosofar más barato.

— Tú, dijo Eubulo, te cargas con piedras inútiles con la esperanza de subir más ligeramente a las cúspides más altas.

Y Psicodoro, sonriendo al discípulo preferido:

— En alguna parte he leído esta parábola:

★

Hacia dos días que la tempestad sacudía furiosamente los costados del barco. Los pasajeros lloraban y gritaban. En medio de aquella confusión sólo el piloto se mantenía en calma.

Alrededor de este hombre como alrededor de un dios las voces se elevaban múltiples; los brazos se extendían como en las oraciones; las inquietudes y los enloquecimientos se agitaban. De modo que los brazos, las actitudes, los movimientos y las palabras, exclamaban:

— ¡Sálvanos! ¡Sálvanos!

El piloto les dijo:

— El barco está perdido. Y los que quieran salvar sus vidas que se preparen, como yo, al inevitable naufragio.

Se despojó de sus vestidos y todos, imitándolo, se desvistieron.

Luego, no lejos del acantilado rocoso y alto, una hábil maniobra lanzó al barco encima de un banco de arena, varándolo. Pero se hundió la proa, mientras que una brusca ola arrancó la popa, la cual huyó rápidamente entre las agitadas aguas.

Dijo el piloto que los que supieran nadar se lanzasen al agua y se esforzasen por llegar a la orilla. A los otros distribuyó tabloncillos y tablas para que se sostuvieran. A todos, indicó la desembocadura de un río próximo que, escondido entre los roquedales, era el único lugar posible para ponerse a salvo.

Fué el último en abandonar el barco. Nadó hacia los más débiles, los sostuvo y los encaminó hacia la orilla salvadora.

Cuando llegaron a ella, vió que varios pasajeros lloraban desnudos aterrorizados por el cierzo que soplaba, mirando con ojos apenados lo que quedaba del barco.

El cual no tardó mucho en sumergirse entre las rugientes aguas.

Entonces los que habían salvado su vida gracias a la habilidad y a la abnegación del piloto, comenzaron a injuriarlo porque, según ellos, le había hecho perder los abundantes bienes que llevaba el barco.

Mas el piloto conocía desde hace tiempo la injusticia locura de los hombres. Y como se hallaba agotado por el tremendo esfuerzo, pasó, sin decir una palabra, en medio de los que contra él gritaban y, abrigándose entre unas rocas guarecidas del viento, se dispuso al reposo y al sueño.

Selección W. MUNOZ

(Próximo artículo: « Los efímeros »)

A los frailes y a los curas



Vosotros vendéis el día de nacimiento.
 Vosotros vendéis al pecador la inútil indulgencia.
 Vosotros vendéis a los difuntos la misa funeraria.
 Vosotros vendéis a los amantes el derecho de casarse.
 Vosotros vendéis oraciones, misas y comuniones.
 Vosotros vendéis rosarios, cruces y bendiciones.
 Nada es sagrado para vosotros, todo para vosotros es mercadería.
 Y no se puede dar un paso en vuestra iglesia sin pagar para sentarse, sin pagar para rezar.
 El altar es un mostrador.
 En cada poblado hay una antorcha encendida: el maestro, y una boca que sopla para extinguirla: el fraile.

VICTOR HUGO

EL CRONISTA

por DENIS

ERASE, hace siglos, allá cuando la Edad Media agonizaba, el cronista de una reina. Hombre de la Corte, no cortesano. Abundaban los cortesanos, aunque no tanto como ahora, que no hay Cortes: cortesanos, los de ahora, de dictadores o del pueblo, más despreciables que todos. El cronista no era un cortesano. Tenía por misión escribir los hechos de la reina. Sólo escribía los que a su juicio merecían pasar a la Historia. Sin bajeza. Con pocas alabanzas, y las pocas alabanzas, no excesivas: mesuradas. Espejo en que hoy nadie se mira.

A veces la alabanza, mesurada, era seguida de una censura: respetuosa. No había, para el cronista, persona que mereciera más respeto que la reina. Sin faltar a este respeto, le advertía, en la crónica de sus hechos, cuando sus hechos no eran acertados. Discretamente, pero claramente. No se limitaba al papel de anotar cuanto veía: lo juzgaba. Con independencia y dignidad ejemplares.

Claro varón, como se dijo, en la vida y en las letras. Estaba la reina más alta que él. No era más alta que él. La miraba, porque todo, hasta entonces, había estado dispuesto así, desde más abajo. Pero, mirándola, desde más abajo, saltaba a su altura. Y más arriba. Y desde más arriba, como persona de experiencia a un niño, la aconsejaba. Era quién para dar el consejo. Y no titubeaba en darlo.

La reina, impetuosa, creyente en que había venido al mundo, enviada por Dios, para poner orden en él, se excedía. En ninguna ocasión dejó el cronista de indicarle qué caminos eran dignos, qué otros no. Rara vez, aun por los caminos indignos, perseguía la reina fines mezquinos. Difícil, difícil la tarea de cronista tan escrupuloso.

Desprendida, sin nada suyo ni para sí, la ambición de la reina, inmensa, sólo despertaba, hasta en los enemigos contra los cuales combatía, admiración. No le regateaba su admiración el cronista, sin alabanza, ya se ha dicho, que no fuera mesurada, pero sus ojos no se cerraban o lo censurable. Que hacía constar, sereno, por encima de lo pasajero, en su crónica: modelo de historia. Ni el respeto ni la admiración le cegaban. Rendía culto, que el respeto y la admiración no empañaban, a la justicia. Sin duda no a la justicia que hoy alienta en los mejores pechos, ¡tan pocos! Emparentada con ésta, a través del tiempo, por alentar el buen pecho.

Era el cronista — no habría podido serlo de otro modo — un noble. Más noble por su ser que por sus títulos, que otros lucían con él, no nobles como él. No cuentan hoy sus títulos. Le salva del olvido su nobleza. En todo sobresaliente. En sus consejos a la reina, desbordante. Hay ac-

ciones que no están permitidas. No por ser la reina podía permitírselas. Hay gentes de quienes nadie debe rodearse. No podía la reina tener en torno suyo a esas gentes. El enemigo, aun el peor, tiene nuestra misma figura. Nos tratamos deshonrosamente tratándole deshonrosamente. La vida es un camino áspero: más áspero para el que tiene en ella una misión, más áspero cuanto más alta es la misión. Se ha de seguir hasta el fin, sin huir ninguna de sus dificultades, sin volver el rostro a ninguno de sus peligros: sin salvar esas dificultades, ni descartar esos peligros, con menoscabo de la dignidad.

Casóse la reina con un rey vecino, intrigante y de ambiciones parejas a las suyas; pero en él mezquinas. Hasta lo injusto lo había perseguido ella creyéndolo justo. Hasta lo justo iba él por caminos de injusticia. Lo que en ella era impetu, era en él cálculo frío. Había dado ella muchos pasos sin saber a dónde la llevarían. No daba él uno sin trazar de antemano su destino. Le espantaba a ella el mal que traían como consecuencia sus actos. Contaba él con el mal, sin espanto, para realizarlos.

Todos los hombrecillos que no habían encontrado cobijo a la sombra de la reina, lo buscaron y lo encontraron a la sombra del rey. Hubo, en la Corte, dos Cortes. Apenas, en la de la reina, se habían desatado las pasiones. No cultivaba ella las rivalidades. Usaba de los hombres para sus designios, sin halagarles y sin dejarse halagar. Lanzada a poner orden en el mundo, que con sorpresa suya era a veces desorden, y entonces advertía cuán preciosos eran los consejos de su cronista, no tenía tiempo que dedicar a las miserias de los que buscaban acomodo en su protección. Con la llegada del rey, todo cambió. Se abrieron paso cosas antes no vistas. De no se sabía dónde saltaba un ombre a ocupar puesto destacado, de puesto destacado pasaba otro al olvido. Había de tener el rey, andando el tiempo, numerosos imitadores. En Cortes sin rey. En Cortes con tropel innumerable de cortesanos, no superiores a los que a él le rodeaban: inferiores. Con la alabanza siempre en la boca. Curvados, curvados como nunca estuvieron curvados. A mil grados, por debajo, en la bajeza.

El cronista continuó cumpliendo su misión como si nada hubiera cambiado en la Corte. Dió cuenta, sí, del casamiento de la reina. Era un suceso. Y sus censuras, para los actos de la reina, que ya no eran actos de la reina sola, menudearon más. Del rey, ni una palabra salía de su pluma. Como si no existiera. No existía, para él. Era para él, un advenedizo.

De las dos Cortes en que se dividió la Corte, quedó el cronista en la antigua. No por culto de la tradición: por decencia. Trajo el rey nuevas cos-

tumbres. Malas costumbres, a su juicio, siempre certero. No se estaba ya, con él, frente al enemigo, por encima del enemigo. Se estaba en su mismo terreno. La reina solía equivocarse, las más de las veces se equivocaba, pero con generosidad. Quería que el enemigo fuera mejor. Iba a combatirle para que fuera mejor. Iba a conquistarle posiciones para que los habitantes de éstas se salvaran del modo que ella creía la única salvación. No dictaban al rey, su política, tales razones. Quería engrandecer su reino, sin más; quería conquistar posiciones para que estuvieran en sus manos, no en otras. Podía no equivocarse, en sus cálculos: toda su política era equivocada. Cualquiera otro rey podía desear conquistarle a él posiciones. Era un rey como cualquier otro. No su rey. Todos los actos son inmorales. No salva de su inmoralidad, a algunos, sino la intención moral. Sin ésta, no porque los perpetre son mejores que si los perpetra mi vecino. La intención moral puede ser errónea: errónea era, no pocas veces, la de la reina. Los salvaba la intención moral, aun errónea, de su inmoralidad. Los del rey, sin esa intención, eran absolutamente inmorales. Aunque engrandecieran el reino.

No existían, por tanto, para el cronista, como el rey mismo no existía, los actos del rey. No manchaban, con su inmoralidad, la limpidez de su crónica. Daba cuenta de ellos, sucesos que estaban allí, pero como de acontecimientos fortuitos, de que los hombres eran juguetes. Y si en esos actos la reina había representado un papel, seguía, al papel por la reina representado, la advertencia atinada, el juicio digno, la censura disimulada. Claro varón de clara conciencia, por nada enturbiada.

Molestó al rey no figurar en la crónica del rei-

no, salvo el día de su casamiento. Habían recibido, él y la reina, por ejemplo, al embajador de Inglaterra. El cronista escribía: «La reina ha recibido al embajador de Inglaterra». Habían ido, él y la reina, a visitar una provincia. El cronista escribía: «La reina ha ido a visitar tal provincia». Y así siempre, y así constantemente. Era demasiado. Pero el rey, tan hábil para tratar a los cortesanos, para hacer de ellos, de la noche a la mañana, hombres distintos de como eran, de como parecían ser, no sabía cómo abordar al cronista, ante el cual, las pocas veces que con él se había cruzado, casi había sentido que sus rodillas se doblaban, en signo de respeto, él a quien todos, para él, debían respetar. Altivo, sin altivez, el cronista estaba, sin colocarse él, en alto. Se sentía, viéndole, estar en presencia de un hombre. Rara, la presencia de un hombre, en todo tiempo. No menos rara hoy que ayer. Tal vez más rara.

Le abordó, por fin, de súbito, y como de paso, como para huir, delante de la reina.

— No es la reina — le dijo — quien recibe a los embajadores, quien va de visita a las provincias, quien hace esto o lo otro. Reciben a los embajadores, van a las provincias, hacen esto o lo otro, los reyes. No lo olvides.

Estuvo el cronista, después de esa escena, varios días enfermo. De otro que el rey, del rey mismo no delante de la reina, habría rechazado la lección. Le sobraban razones para rechazarla.

Volvió a su tarea, aunque no del todo restablecido, para consignar suceso esperado y deseado: había dado a luz la reina.

Se inclinó sobre su crónica, sonrió, al coger la pluma, noble pluma que jamás había escrito una lisonja, y escribió con su letra más bien perfilada:

«Ayer parieron Sus Majestades».

Voces de España

«Los obreros, incluso los no cristianos, todos hemos cargado con nuestra cruz. Pero estamos cansados de que en nombre del cristianismo se nos haga cargar también con la cruz de los que se llaman cristianos. «El que crea en mí, distribuya sus riquezas, tome su cruz y sígame» — dijo Jesucristo —. Los obreros ya lo hemos hecho».

I. G.

MICROCULTURA

892. — La historia, en sus albores, dos mil años antes del hipotético Cristo, ha podido registrar solamente unas 120 generaciones de seres humanos.
893. — Colón descubrió la isla de Concepción de las Lucayas el 5 de octubre de 1492.
894. — El « sepol » es una especie de tomillo de tallos rastreros.
895. — El cultivo chino de ostras se remonta a unos cien mil años atrás.
896. — La Cortina de Hierro (o Telón de Acero) es un término original de Churchill, quien por primera vez lo pronunció en un discurso (1946) que tuvo lugar en Fulton, Misuri, EE. UU.
897. — Las glándulas suprarrenales son importantes en la acomodación del organismo a las tensiones.
898. — Un sicario, es un asesino asalariado.
899. — Cantidades pequeñas de aminoácido lisina, agregadas a las dietas diarias de las personas de edad convecientes, mejoran significativamente el ritmo con que los tejidos agotados vuelven a la normalidad.
900. — El 9 de enero de 1896 fueron usados por primera vez los rayos X.
901. — El término medio de vida en Asia es de 30 a 40 años.
902. — El cocotero es una planta misteriosa, de origen desconocido, porque desde los tiempos más lejanos aparece en todas las costas tropicales del mundo.
903. — En suelos compactos disminuye la disponibilidad de nitrógeno para la vida vegetal.
904. — La « sinovectomía » es la extirpación de una parte de la glándula sinovial.
905. — La investigación mostró que el ruido promueve la fatiga, la tensión nerviosa, disminuye los reflejos y retarda la habilidad de pensar.
906. — La sobreceja es la parte de la frente inmediata a las cejas.
907. — Existen evidencias clínicas de que la terapia de vitaminas en los primeros tres meses de embarazo puede prevenir el labio leporino y el paladar hendido en niños cuyas madres ya han dado a luz otro niño con un defecto similar.
908. — La ciudad más grande del mundo griego fue Siracusa, en la isla de Sicilia.
909. — Fotografías tomadas con microscopios muestran que las células del corazón son como diminutos acordeones.
910. — El sincretismo es el sistema filosófico que trata de conciliar doctrinas diferentes.
911. — La electroluminiscencia es un método por el cual se puede hacer producir luz a placas de vidrio, metal o plástico, revestidas especialmente.
912. — El sibaritismo es un género de vida regalada y sensual.
913. — Los niños miopes han sido ayudados por una dieta especial, bien equilibrada, rica en proteína de alta calidad.
914. — El erbal es un árbol de la familia de las rosáceas.
915. — El poema sinfónico « La Moldava » fue compuesto por Federico Smetana, compositor y pianista checo.
916. — Un nuevo instrumento permite realizar análisis completos de muestras de amino-ácidos en 24 horas, o menos.
917. — Se entiende por « sequeroso » falta de jugo o de humedad.
918. — Un azagador es una vereda o paso para el ganado.
919. — El cocotero es una de las plantas llamadas « halófilas » del griego « halos »: sal y « phyton »: planta, pues prefiere los terrenos salinos.
920. — El terrible explosivo que es la nitroglicerina nos está diciendo lo que es: una combinación de ácido nítrico y de glicerina.
921. — Una « silera » es una casa pública destinada para la compra y venta del trigo.
922. — Al campo lleno de terrones se le llama « terregoso ».
923. — La hermosa ópera « El Tríptico » fue compuesta por Giacomo Puccini, compositor italiano.
924. — El « uruti » es cierto pajarillo argentino de varios colores.
925. — El primer pirómetro fue construido por Pedro de Musechembroek, físico holandés, en 1750.
926. — El « vanadismo » es la intoxicación crónica de los obreros que manipulan vanadio.
927. — El 17 de febrero de 1836 nació el célebre poeta Gustavo Adolfo Bécquer.
928. — El « yaquil » es un arbusto chileno de la familia de las ramíneas.
929. — Se entiende por « zabordar » tropezar, varar y encallar el barco en tierra.
930. — Un « sustentáculo » es el apoyo o sostén de una cosa.
931. — En los meses calurosos de verano aumentan las posibilidades de intoxicación por los alimentos.
932. — El 7 de septiembre de 1822 se proclamó la independencia colonial del Brasil (Grito de Ipiranga).
933. — En 1878 murió Víctor Manuel II, primer rey de Italia; su sucesor, Humberto I, fue asesinado por el regicida Bresci en 1901.
934. — El 9 de enero de 1881 nace en Florencia Giovanni Papini, autor de numerosos libros, la mayoría de los cuales han sido traducidos a varios idiomas.
935. — El físico alemán Guillermo C. von Roentgen denominó a su invento « Rayos X », porque desconocía la naturaleza de sus emanaciones.
936. — La « endécada » es un periodo de once años.
937. — Se entiende por « feral » a lo que es cruel y sangriento.
938. — Los huevos son ricos en ácido linoleico, ácido graso esencial.

Imp. des Gondoles, 4 et 6, rue Chevreul, Choisy-le-Roi (Seine). — Le Gérant E. Guillemau, Toulouse Hte. Gne.

POETAS DE AYER Y DE HOY

Nostalgia de Málaga

Cómo te sueño, población marina,
carnada fina en engañoso anzuelo;
nácares de tu orilla y de tu cielo,
cobalto que me inunda la retina.

Cómo te sueño, luz de mediodía,
estallando en las flores del pencil,
que en tu recacha el ánimo fatal
muda la piel de su melancolía.

Ay, Paraíso de mi pensamiento...
Allí la comba de la nube toma
la gracia del perfil de la paloma,
y el pecho de la vela a popa el viento...

En los labios las mieles de la higuera
el recital del agua en el oído,
el aroma del nardo en el sentido,
y en el acto tu piel de primavera.

Barrio untado de pasos extranjeros,
de emoriagueces a punta de cuchillos,
de granujas que muerden los bolsillos,
y de breves amores esquineros.

De mi cuerpo en prisión el alma empujo,
redonda como luna de pandero,
por la pendiente audaz del limonero
de los pechos gitanos de tu embrujo...

Con mis canciones tu canción concuerdas
sobre un lirio puente de guitarra;
dulce nostalgia del amor que amarra
las fibras de mis nervios a tus cuerdas.

Quien de gozo te llevara inmortal,
como el beso de Venus en la boca;
fina aventura de una noche loca
perdido en el enredo de tu chal.

Me muero de tu engaño, y de no verte,
y llevo con placer tu mordedura.
Lo mejor de mi vida de esta impura
manera de sentirte y de quererte.

No he de volver a desgustar tus mieles,
no he de palpar el ritmo de tu pulso,
no he de vivir por la pasión convulso
unas horas de amor en tus vergeles.
Y si por un azar me fuera dado
vivir a mi placer un solo día,
por morir de tu mal, te escogería,
maravillosa tierra de pecado.

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es él guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

OBRAS EN ESPAÑOL

«Justicia», L. Reymont, 3.— NF. — «Manual del aspirante cinematográfico», 1,50. — «El Mar», Michelet, 3,50. — «La música en España», A. Salazar, 15.—. — «Muelle de las brumas», Mac Orlan, 5.—. — «Manual del fabricante de bolas de sebo», 2.—. — «Manual de Lecheria», 2.—. — «Adelgace con inteligencia», Hauser, 5,50. — «Cuadro hemático del cáncer», Gruner, 4.—. — «Fundamentos de la caracterología», L. Klages, 9,50. — «Cómo curé mi tuberculosis», Hevia, 1,50. — «El autoanálisis», K. Horney, 7,80. — «Vida del diabético», Cañadel, 5,60. — «Úlcera gástrica», 2,25. — «Colitis», 2,25. — «Alergia alimenticia», 2,25. — «Corazón», 2,25. — «Tuberculosis», Vander, 5.—. — «La historia tiene la palabra», Teresa León, 1,50. — «Pablo Iglesias», Isaac Pacheco, 1,50. — «Frente al mañana», S. Albornoz, 1,50. — «José Mazzini», B. King, 5,25. — «Los mejores cuentos», 3,75. — «Memorias de la duquesa de Abrantes», 1,50. — «Mercurial eclesiástica Montalvo», 2,50. — «Madres famosas», Chanaier, 5.—. — «Murillo», P. Gargol, 2,50. — «Elementos de Psicología», Titchener, 3.—. — «Emen Hetan», R. J. Sender, 4.—. — «La familia Cardinal», L. Halévy, 2,10. — «Los falsos redentores», G. Piovene, 8.—. — «Desue el fondo de la tierra», L. Castro, 9,50. — «La amargura de la Patagonia», R. Dario, 7,50. — «Felicidad», K. Mansfield, 1,20. — «La gente alegre», J. Ohnet, 2,50. — «El humanisferio», J. Dejacque, 1,50. — «Historia de San Michele», Axel Munthe, 7.—. — «Historia de la literatura rusa», Walisewski, 7,50. — «El intelecto helénico», P. Gener, 4,50. — «Italia fuera de combate», I. Herre, 2.—. — «Ideario de Quevedo», Astrana Marin, 6,50. — «Obras escogidas de Heine», 8,50. — «Poemas de Flacido», 3,80. — «Pensamiento vivo de Nietzsche», H. Mann, 6,50. — «Imitación de Cristo», Kempis, 7,50. — «Plumero salvaje», Sambiancat, 3.—. — «Puerto cholo», M. Puga, 3,50. — «Realización del hombre», Stieben, 0,75. — «Perspectivas culturales en Sudamérica», E. Relis, 3.—. — «Del presente y del futuro», P. Gener, 3.—. — «Pensamiento vivo de Schopenhauer», T. Mann, 4,20. — «Problemas sociales de derecho penal», P. Fols, 5,50. — «Pasión de Justicia», I. Pavon, 2,60. — «Profeta del hombre», Cordero, 4,50. — «La novela de Roger de Flor», 3,60. — «Reivindicación de la libertad», Ernestan, 1,50. — «Rojo y negro», Stendhal, 3,75. — «La reina Margarita», Dumas (2 tomos), 5.—. — «Reconstrucción de Europa», P. Benoit, 3,40. — «Sorolla», Pantorba, 2,50. — «Versos de Rafael de León», 9.—. — «Don Segundo Sombra», Guiraldes, 3.—. — «Sombras del mal», D. Macardie, 3,50. — «Epistolario amoroso», 5.—. — «Titanes de la oratoria», 5.—. — «Schilla», Turgueniev, 1,50. — «Sinfonía de los siglos», Figola, 1,50. — «Teatro de Jacinto Benavente», 3,50. — «El tema de nuestro tiempo», Gasset, 3,75. — «Tolledo», F. del Valle, 1.—.

LIBROS EN FRANCES

«La bible d'un anarchiste», R. Wagner, 2,50. — «Satan et l'amour», R. Gagey, 7,50. — «Superstitions politiques», H. Dagan, 4,40. — «Hommage a Georges Eekhoud», Hen Day, 1,80. — «Servitude volontaire», E. de la Boetie, 3,30. — «L'inevitable revolution», un Proscrit, 3,20. — «Prêtres et moines», G. Dubois, 5.—. — «Le cooperatisme», 3.—. — «Anthologie de l'objection de conscience», H. Day, 3,30. — «La flagellation et les perversions sexuelles», Lorulot, 6,50. — «L'Emancipation sexuelle de la femme», M. Pelletier, 1,10. — «Tino Costa», Arbo, 7,20. — «Qua aux fleurs», Salvy, 1,90. — «Science et materialisme», Letorneau, 2.—. — «Socialisme révolutionnaire», 1,80. — «Les mystères des couvents de Naples», Princesse Fortino, 4.—. — «Catecismo positiviste», A. Comte, 2.—. — «Faust», Goethe, 2,50. — «La cité future», Tarbourden, 4.—. — «Gargantua et Pantagruel», Rabelais, 4.—. — «Pour assurer la paix», P. Besnard, 2.—. — «Superstitions politiques», H. Dagan, 4,40. — «Mandatell. Lassus», L. Galleani, 2.—. — «Recherches sur les forces inconnes», Barbedette, 1.—. — «Les bandits tragiques», V. Meric, 2,90. — «Dalnès de la guerre», Monolin, 2.—. — «Un drame politique», M. Dommanget, 2,40. — «Armoires frigorifiques», Degoix, 5,80. — «La ceramique», Giacomotti (2 tomes), 3,80. — «Jours d'Exil», Courderoy (3 tomes), 9.—. — «Cours d'économie politique», Gide, 6.—. — «Errico Malatesta», Fedeli, 2,20. — «L'Incubation artificielle», Paulau, 3,10. — «Traité du paysage», Floury, 1.—. — «Sociologie générale», Dupreel, 6,70. — «Zola», A. Zevas, 2,50. — «L'Heredité Psychologique», R'bot, 2.—. — «L'Amour heureux», Dubal, 0,80. — «La physiologie morale», Hill, 1.—. — «L'Hipnotisme à distance», Jagot, 2.—. — «La grande metamorphose», Gille, 1,50. — «Les grandes Jorasses», Frendo, 2.—. — «Chauffage Central», Bourrier, 5,40. — «Bahia de tous les Saints», Amado, 3,40. — «Les camps d'internement en Grece», 4,50. — «Histoire de la Coopération en France», Gaudmont (2 tomes), 15.—. — «La révolution inconnue», Voline, 3,50. — «La Révolution sociale», 2,50. — «Contes d'un rebelle», Delvades, 1.—. — «L'Amour libre», C. Albert, 3,50. — «L'Etat de siège», Camus, 5,50. — «William Gorwin, philosophe de la liberté», 1,80. — «Histoire des Temps modernes» (3 tomos encuadernados), 6,75. — «Pour vaincre», B. de Ligt, 1,50. — «Vie de Franklin», Mignet, 1,50. — «Histoire de Charles V», Robertson (2 tomos encuadernados), 5,50. — «Essai sur l'imagination créatrice», Ribot, 1,50. — «La coutume ouvrière», M. Leroy (dos tomes), 5.—. — «L'Evolution des idées générales», Ribot, 1,50. — «La vie amoureuse de Casanova», 6,50. — «Serenades sans guitare», Villeboeuf, 7,50. — «Juan de Mairena», Machado, 6,90. — «Les caractères», La Bruyère, 5,60. — «Mauva'se graines», M. Azuela, 2,50. — «Anglais, Français, Espagnols», S. de Mada-riaga, 5,20. — «Le sang plus vite», V. Garcia, 3,75.

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Olaya. — Servicio de Librería del Movimiento. — 4, rue de Belfort - TOULOUSE (Haute-Garonne)
GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)